Colección Mundial

J. M. VARGAS VILA

La Gloria



EDICIONES BAUZÁ

90 CENTS.

LA GLORIA

Imprenta B. BAUZA.—Aribau, 175 a 179.—Barcelona

J. M. VARGAS VILA

LA GLORIA

NOVELA INÉDITA



COLECCION MUNDIAL
B. BAUZA.—Editor.—Aribau, 175-179
BARCELONA

COLECCION MUNDIAL

TITULOS PUBLICADOS

J. M. VARGAS VILA

Almas dolientes.

Los ojos de Astrea.

El llanto del Espectro.

Alas de quimeras.

La Gloria.

LA GLORIA

Era un trinar de pájaros bajo los cielos de oro;
paisaje primaticio, lleno de beatitud;
el mar, como una copa de añil que desbordara sobre las playas de ocre;
cantaba su canción;
sonora, polifónica, profana a la armonía, como un gran grito lleno de una embriaguez de Sol;
el beso formidable de la ola con la playa, hacía franjas de espuma sobre la arena estéril, dormida en la infinita quietud languideciente;
de la tarde vencida;
bajo el Arco de Triunfo de la cercana Noche;
que surgía coronada de ópalos;
un sol agonizante, palidecido y triste era en los altos cielos como un nenúfar muerto, en un desfolio lento sobre un campo de azur;
misterios errabundos perlaban las estrellas, sobre el miosotis lívido de la copa del mar;
la hora apaciguante, de una molicie tierna, tenía vértigos lentos de voluptuosidades, como un vago deseo, que enfermara las cosas, ávidas de caricias;
sobre el jardín, la sombra hacía como un remanso en el cólchico ardiente de la tarde estival;

la casa, blanca, se diría una gardenia enorme caída entre el follaje, que más que verde, con un color de herrumbre aparecía;

el viento se hacía acariciador en los ramajes y, sobre la tapicería de las gramíneas que eran como un reposorio de paz para los ojos, fatigados de aquel deslumbramiento de olas y de púrpuras;

rosas como arrancadas a los Misales Góticos, o a viejos Libros de Horas, abrían sus lindos cálices, un poco versallescos, en el verde cambiante de los parterres, que la hora moribunda hacía densos de sombra;

las unas eran blancas, de una blancura anémica, y, el oro del crepúsculo, nimbaba firmemente su palidez claustral;

otras, el rojo vivo de pétalos de sangre mostraban orgullosas en actitud triunfal;

feria de los geranios la fronda se diría; tanto las bellas flores se abrían a la caricia de la hora sensual;

a los besos dementes del aire los lirios se doblaban;

como cuerpos amantes a los besos de amor;

en formas arácnidas las plantas trepadoras tendían cortinas densas, que la suave cadencia de la tarde hacía musicales;

las madreselvas, el índigo pálido y el rosa evanescente de sus hojas, abrían en el bruno follaje;

como obedeciendo al culto de un rito misterioso el múltiple incensario de los bosques cercanos esparcía el olor de sus resinas;

un surtidor cantaba;

en el naufragio palideciente de la Tarde;

cerca a un pretil de piedra, lindero del camino, sentados en un banco rústico, dos adolescentes dialogaban en el fasto doliente y los oros extintos de la hora vesperal;

al frente, en perspectiva, una gran roca obscura y granítica diseñaba su perfil dentellado, que el fondo rojo del crepúsculo hacía trágico;

el adolescente la contemplaba con ojos pensativos, brumosos de Ensueños, ávidos de visiones y, en los cua-

les, como un estandarte desplegado, reinaba la sombra de un gran Dolor;

y, decía, con una voz aun insegura, que parecía cautiva de sus emociones internas:

—¿No ves el gesto de la roca?

la roca ríe;

¡qué bella boca desdentada la boca de la roca!

el cincel de los siglos la ha esculpido así;

parece un formidable anaglifo tallado por Titanes en el corazón de la montaña;

es vieja como la Tierra su madre, de la cual surgió forjada así;

la Belleza de las cosas antiguas es sagrada;

ella es la Belleza Vencedora;

ha vencido la Muerte;

y, la flor de esa Victoria se llama: el Arte;

inmarcesible y maravillosa, como esa roca;

como esa roca, que ahora cambia de expresión y se hace triste bajo el juego de sombras y de luz que hace esa nube negra que se proyecta sobre ella, y, se diría que la hace llorar;

¿no ves llorar la roca?

esas dos grandes cavernas son sus ojos; ojos de los cuales la mano brutal de los siglos ha extraído las pupilas;

esos largos musgos que penden de sus bordes, en los cuales los helechos hacen veces de pestañas, son sus lágrimas;

es triste ver llorar la roca;

¿por qué llora la roca?

¿es la tristeza de la Noche esplendente y naciente lo que la hace llorar?...

¿es el recuerdo de las cosas que ha visto en su vida solitaria de siglos?

de los siglos que ha visto morir;

algo conmueve el alma de la roca;

porque la roca tiene una alma, como todas las cosas;

expresar *el alma de las cosas*;

he ahí el **deber del Arte...**

he ahí el Dolor del Artista, que no sabe aún encontrar esa expresión;

y, a quien la forma innata de esa próxima Revelación tortura;

¿sabes tú lo que es el Dolor del Arte por nacer?

ese que es mi propio Dolor;

¿lo sabes tú?...

Y, el joven que así hablaba, y que era casi un niño, volvió a mirar a su bella compañera, a quien interrogaba;

ésta, indiferente al monólogo declamatorio del joven, o contrariada por él, fingía no oir y se entretenía abstraída en limpiarse y limarse las uñas con un instrumento de manicura, y con las cejas contraídas, inclinaba la cabeza, proyectando la tiniebla profunda de su cabellera, sobre la blancura inmaculada de sus manos;

el silencio exasperó al joven, que la miró entonces con semblante severo;

ella, se apercibió por ese silencio, de que el monólogo—que en vano había tratado de ser diálogo,—había cesado, y volviendo a mirar a su interlocutor, le dijo:

—¿Has acabado tu discurso?

razón tienen en el pueblo, de decir que eres loco;

¿a quién se le ocurre imaginar que esa piedra llora?

sólo tú puedes con esas cosas hacer reir las piedras, y hacerme reir a mí.

Y, así diciendo, ensayó reir, con una risa forzada y en el fondo mala; risa de mujer celosa;

¿celosa de qué?

de la roca;

él, la miró con un desprecio colérico, que no era fingido:

—Tú, no comprenderás nunca, nada—le dijo, con una voz en que temblaba el rencor;—

el Arte, no es tu reino;

la Incomprensión de las cosas sutilmente bellas, es tu dominio;

tú tienes el alma del Pueblo, o mejor dicho, de la Parroquia, de esta Parroquia en que nacimos;

alma pequeña, vulgar, enredadora;
alma bárbara;
alma de Incomprensión;
por mucho que quieras distanciarte de las otras mozas de la aldea, vistiéndote a la última moda y, puliéndote las uñas, te conservas al mismo nivel mental de ellas;
tienes el alma aldeana;
piensas como la Aldea, y hablas como ella;
por eso repites sus decires;
y, los aplaudes;
¿qué me puede importar lo que este pueblo diga contra mí, si yo estoy espiritualmente lejos de él, y, mi alma no vive en él?
¿qué dice el pueblo contra mí?
¿que soy loco?
¿por qué?
porque soy un solitario, porque no tengo amigos, porque no voy a la taberna y no me embriago como los otros;
¿solitario? sí;
pero, no *solo*, porque mis visiones me hacen compañía;
¿amigos?
tengo mis libros y mis grabados, y los útiles de mi Arte, en cuya compañía, tejo la red luminosa de mis ensueños y me declaro prisionero de ellos;
¿vino?
el vino que yo cato es el del Ideal, y, me embriago, como Noé, a la sombra de sus vides florecidas!
soy un solitario, porque la Soledad, es la única muralla posible contra la Vulgaridad;
contra la Vulgaridad, que es el alma de la Aldea;
contra la Vulgaridad, que me cerca y amenaza ahogarme en su lenta invasión, como las aguas de una marisma mefítica y fatal;
¿cómo escapar a ella sino aislándome?
me falta una alma hermana a quien confiar la grandeza y la tristeza de mis sueños;

sólo el alma de mi Madre, se inclina sobre la mía, para recibir mis confidencias;

sólo sus divinos ojos ven en el fondo de mi corazón;

sólo sus labios me dicen palabras de consuelo, y, sólo ellos no ríen de mis gestos extraños;

sólo mi Madre me ama:

—¿Y, yo? ¿yo no te amo?—dijo ella, como si hubiese sentido un áspid mordiéndole el corazón.

—No se ama lo que no se comprende;

amar es comprender—replicó él.

La bella niña frunció las cejas coléricas, hondos pliegues surcaron su frente obstinada, y como haciendo un esfuerzo heroico para comprender y para no llorar, dijo:

—¿Comprenderte?;

si hablaras como todo el mundo, y de las cosas que todo el mundo habla, yo, te comprendería;

pero, te empeñas en hablar cosas raras y hacer cosas aun más raras que las que dices;

te aislas de todos, y llamas la atención por tus extraños vagares en los campos aledaños del pueblo, cargado de libros y de papeles, deteniéndote como alelado, ora ante los acantilados de la montaña, ora en los parajes de la costa, a la hora de la baja marea, leyendo o dibujando y, todo eso con aire tan atontado que hace reir las gentes;

te empeñas en no tratar a la mayoría de los mozos, con el pretexto de que son zafios y mal hablados, y sólo te reúnes de vez en cuando con aquellos de tu edad que te hacen corro, y, ante los cuales tienes palabras anarquizantes que los predisponen a la revuelta, según dice mi padre, que ha oído esos comentos;

te andas en las noches por las calles desiertas y los parajes extraviados, mirando el cabrillear de las estrellas, como si fuesen bellos rostros de mujeres, y regresas a tu casa como en volandas, huyendo a los teatros y sitios de recreo donde otros mozos suelen hacer holgorios; y, tienes el placer de la vagancia;

abandonaste el taller del Maestro Antonio Fuentes que

te había enseñado la talla en madera y del cual eras el más hábil tallista, con el pretexto de que él, no labora sino imágenes de santos, y, tú quieres hacer con tu cincel, otras creaciones;

todo eso te hace odioso a las gentes del pueblo;

y, ellas dicen que no tienes ni nobleza, ni dinero, ni nada que pueda disculpar tu orgullo descomunal.

Los ojos del joven se hicieron aún más tristes, sin perder la violencia de sus miradas; su rostro se melancolizó sin serenarse; se hizo sombrío, como bajo el vuelo de cosas negras y fatales:

—Calla—la dijo, sin poder dominar la violencia de su voz—; calla;

tú eres la voz del pueblo;

yo sé todas las cosas infames, que el pueblo dice contra mí; y de las cuales, las más graves, tú las silencias;

el pueblo dice que yo, no tengo padre conocido, fingiendo ignorar el matrimonio de mi Madre con aquel que la engañó, y, por eso me llaman, el Santaella, no dándome nunca mi apellido paterno de Carmona;

dicen que yo soy un vago, que no quiero trabajar, y, vivo de lo que mi Madre borda con sus preciosas manos de Hada;

yo, sé todo lo que el pueblo dice; y, desprecio ese pueblo y sus decires;

es verdad que para sustentáculo de mi orgullo yo no tengo ni la nobleza que impone a los plebeyos, ni la riqueza a la cual todos rinden homenaje, pero tengo algo superior a todo eso, algo que vale más que todo eso;

tengo... (y apretó los labios como si hubiese querido ahogar y devorar la palabra que iba a decir); y continuó: ¿a qué nombrarlo? ¿a qué decir *eso* que me hace superior a los otros?

si el pueblo supiese lo que yo tengo en el cerebro acabaría de odiarme;

y, tú misma... tú misma... dejarías de amarme;... si es que me has amado alguna vez.

—¿Que no te he amado?... ¿que no te amo?... ¿y, a quién he amado yo en la vida sino a ti?—dijo la joven; y su voz se hizo sollozante y sus ojos se llenaron de lágrimas:

Sordo a la Piedad, sordo al Amor, absorto en la visión de sus grandes quimeras interiores, bajo las alas de sus sueños desesperantes, Ulises Carmona no ensayó consolar la bella joven que sollozaba a su lado;

y, era bella, en verdad, la adorable criatura, que lloraba;

bella, con sus hermosos ojos de un verde intenso como el del botón de una rosa sin abrirse; su cabellera de un rubio rojo, de oro ardido, y ensortijada, como la melena naciente de un leoncillo; la color exuberante de su rostro; su boca grande y sensual, de labios imperiosos, y dientes de voracidad; era una bella hembra, con algo de felino, y mucho de voluntarioso y de dominador;

él, era bello también;

de estatura más que mediana, y, aunque cenceño, musculado; pálido, de una palidez no enfermiza, sino esa noble palidez de las vigilias mentales que da una como belleza espiritual a aquellos que la poseen; pardos los grandes ojos soñadores que a la sombra de las largas pestañas, eran como estanques taciturnos bajo la caricia de una noche calmada; negro el cabello rebelde que dejaba crecer en melena abundosa artísticamente peinada; imberbe el rostro, sin anuncio de barba, aunque recién salido de la adolescencia; la boca grande y los labios plegados en un gesto habitual de amargo desdén, que dejaba entrever los dientes admirables y, daba al bello rostro, un aire altanero y grave;

indiferente a todo, como si no hubiese oído el grito de protesta y, no oyese sollozar la joven al lado suyo, él, continuó en hablar, cual si lo hiciese consigo mismo, en un monólogo lento:

—Yo, hallo razón al odio de la Aldea;

somos disemejantes;

¿qué hay de común entre ella y yo?...

nada... ni nuestros sueños ni nuestros gustos, ni nuestras esperanzas...

se nace solo, se vive solo, y, se ha de morir solo, cuando no se tiene el alma colectiva, es decir, el alma vulgar;

el camino de los sueños que se extiende delante de los ojos de cada hombre, no es el mismo para todos;

no lo bordean las mismas flores, ni lo encauzan las mismas filas de arbustos olorosos, ni le dan sombra panorámica las ramas de los mismos árboles, ni se extiende a igual distancia ofreciendo las mismas perspectivas, bajo la placidez del mismo cielo;

cada alma tiene marcada la ruta de sus sueños...

minutos adorables de la vida, son aquellos minutos que ensoñamos;

¡cómo son intensos para los que llevamos en el alma una partícula de Infinito y de Increado!;

ese átomo de azul irrevelado, del cual aspiramos con el tiempo a hacer un vasto cielo;

el nimbo de oro de nuestra Esperanza, lo circunda como un gran incendio...

Calló;

se diría que el silencio se había hecho algo denso, tangible y se alzaba como un muro entre los dos;

se sentían como separados, muy lejos el uno del otro, cual si el vuelo de sus almas se orientase hacia opuestas direcciones, bajo un cielo implacable de Fatalidad;

aunque tan jóvenes sentían algo así como si las alas aciagas y formidables del Destino se abriesen entre ellos, para aventarlos muy lejos, a distancias inconmensurables, de las cuales sus almas no habrían de regresar nunca, y no habrían de unirse jamás...

eso los desolaba;

y, veían la Vida, la espantosa Vida, abrir ante ellos su esclusa pavorosa, de luchas, de miserias, y de inexorables hostilidades;

los párpados entrecerrados, sobre las densas pupilas

hechas como fosforescentes de rencor, Enriqueta Solá, esquivaba mirar a Ulises Carmona, que había callado y parecía absorto en las beatitudes de un sueño confuso y muy remoto;

ambos se dirían indiferentes al encanto de la hora, a las bellezas del paisaje que el crepúsculo envolvía en un divino manto de esmeralda, que a trechos semejaba bordado de cenizas;

bajo la placidez grave de los altos cielos ya ilúcidos, las enormes chimeneas de las fábricas eran como lotos gigantescos que tuviesen por pistilos sus columnas de humo que se iban abajando a medida que se enfriaban las calderas, puestas a media presión por el cese del trabajo;

largas filas de obreros, se dirigían hacia el pueblo cercano, que la luz muriente parecía inmergir en una dilusión de topacios;

el espejo azul del mar reflejaba la quietud de los altos cerros sobre los cuales granjas agrícolas ofrecían el espectáculo de su serena paz de égloga, proyectándose sobre el humeante esplendor de las fraguas y de las fábricas, hechas ya silenciosas bajo las últimas caricias de sus crineras de humo;

el hormigueamiento de los obreros se dispersaba lentamente, por veredas y senderos que llevaban hacia las casas dispersas en los campos vecinos;

íbanse, unos, los más viejos, encorvados, taciturnos, como agobiados bajo el peso de la Vida, llevando en las manos algunos útiles de labor como eslabones de una cadena rompida, que al día siguiente deberían soldar;

eran silenciosos los viejos fantasmales, resignados al peso de su fardo, como pobres bestias domésticas, en marcha hacia la etapa final de su faena, y, no esperando consuelo sino de la única que podía dárselo: la Muerte Libertadora;

los adolescentes, jugueteaban entre sí, con ardorosa brutalidad, como animales jóvenes en un prado virgen;

otros, en plena juventud, se detenían para hacer corros, y, discutían acaloradamente;

niños en aprendizaje de aquella esclavitud, los miraban con grandes ojos sorprendidos, como en espera de tener tantas fuerzas como ellos para ofrecerlas a la Fábrica, el Minotauro Insaciable, que había devorado a todos sus antecesores, y cuyos últimos rugidos acababan de morir en la tarde silente, como los de una fiera ahíta que se duerme con la garra puesta sobre el corazón palpitante de su víctima;

las gaviotas volaban en grandes giros circulares sobre la mar cetrina, lanzando largos gritos agudos al regresar a los farallones de la costa, felices de abandonar esa mar, hecha dolorosa bajo el vuelo de todos los crepúsculos...

como si hiciese un esfuerzo para descender de las estériles alturas de su silencio, que Ulises no se empeñaba en violar, Enriqueta, dijo con una voz velada en que temblaban todos los rencores:

—¿Ves?—y extendió su mano blanca como diafanizada por la luz de las estrellas surgentes, hacia las teorías de obreros que allá abajo se perdían en las bifurcaciones de los senderos y la bahía azulosa de la Noche—¿ves? esos son felices; ellos han trabajado; ellos han ganado el pan con el sudor de su frente, como dice mi padre, y, van a descansar; ellos no tienen sueños insensatos como tú, viven su vida y cumplen su deber;

mientras tú...

Haciendo un gesto violento, como si triturase el desprecio con sus dientes para hablar, él, la interrumpió brutalmente para decirle:

—¿Cómo sabes tú que son felices? ¿has visto el fondo de su corazón? ¿has sufrido con ellos? ¿has llorado con ellos? ¿qué sabes tú, de su miserable vida?

esos viejos que van vencidos y dolorosos, por los senderos de esos campos tan mentirosamente pacíficos, y, marchan agobiados por la carga de tantos años de trabajos forzados en la Fábrica, son los galeotes de esas viejas galeras que ahora arrojan el vaho de sus máquinas por el cráter de sus chimeneas, erectas como

torreones invencibles bajo la complicidad de esos cielos sin misericordia; esos son los obreros de ayer embrutecidos y pasivos, sin otra ambición que la de trabajar para enriquecer a los otros, y, morir en la miseria después de una tan larga vida sin ventura;

¿sabes tú los sueños de rencor que pueden pasar por aquellas almas tan brutal y tan definitivamente vencidas?...

¿sabes tú algo de las lágrimas que habrán quemado aquellos ojos prontos a cerrarse para siempre, sin haber visto nunca alzarse ante ellos la visión de la Victoria?...

y, esos hombres jóvenes, que ahora discuten con tanto calor, hablan sin duda de los problemas del Trabajo, saben la miseria de su vida, pero están dispuestos a mejorarla, comprenden el peso de su cadena, pero sus manos fuertes ensayan ya el gesto de romperla; en sus ojos no hay la mansedumbre de antílope de los ojos de sus antecesores, porque ellos interrogan ya el horizonte, y ven brillar tras la tiniebla espesa, una lejana sucesión de auroras;

¿sabes tú los sueños de Revancha que bullen en los cerebros de esas miriadas de vencidos que no quieren resignarse a su vencimiento?...

¡ah! si lo supieras tal vez temblarías por tu padre, por tí, por todo lo que nos rodea;

y, esas turbas de niños, flores de inocencia que el aire de las Fábricas enferma y el contacto con los otros corrompe, y que ahora miran atónitos discutir a sus mayores, ¿sabes tú toda la sal de rencores que han bebido en los pechos de sus madres, cuasi exhaustos, y, en las lágrimas de sus padres que lloraban al besarlos?...

bajo el límpido candor de esas almas está la tempestad;

ellos serán los vengadores de mañana.

Y, así diciendo la faz de Ulises Carmona se hizo hosca, el bermellón de la cólera empurpuró su rostro, sus

ojos soñadores se hicieron sombríos, como si el horror de las tragedias futuras entenebreciese sus pupilas, y su voz temblaba bajo el arco triunfal de las estrellas que aparecían en el cielo, como una floración de nenúfares maravillosos en un lago de azur.

—Vengarse... ¿de qué?... ¿de quién?...—dijo ella visiblemente contrariada, frunciendo el ceño y con un tremor de cólera en la voz—; ¿de mi padre? ¿qué les ha hecho él, que ha sido uno verdadero para todos sus operarios?; sin su Fábrica muchos de ellos morirían de hambre.

—No sigas, no sigas, no repitas los necios discursos que aprendes a la estupidez agresiva de tu padre—dijo él con brusquedad tan impetuosa que ella ofendida echó hacia atrás el busto y alzó la cabeza orgullosa, como para repeler el insulto, apoyando en el pomo de su sombrilla la mano diáfana que parecía brillar como una gema bajo el cielo, hecho de un índigo profundo; y con voz llena de una sombría cólera, le dijo:—¿Por qué odias tú a mi padre?

no ha sido él quien te ha despedido de la Fábrica;

eres tú quien la ha abandonado por tus diferencias con el Encargado, en quien mi padre ha puesto toda su confianza, y a quien tú odias tanto;

eres tú quien no ha querido trabajar según los modelos que se te daban, sino imponer los tuyos;

y, últimamente cuando se trató del monumento al Poeta Ugo León, que se hace en casa, no sólo te negaste a trabajar en él, porque no se aceptaban tus diseños sino que faltaste al respeto a mi padre, y dejaste la casa con violencia; ¡ay, tú rompes así su más bella combinación...

—Sí, la conozco, la conozco—dijo él, con una sonrisa agresiva, que era como la culminación de todos sus desdenes—, yo, sé bien de esa combinación;...

hacer de mí el obrero modelo que él sueña, sumiso a sus caprichos, atento a sus quereres, sin voluntad propia, sin iniciativa ninguna, dedicado a adularlo y a cortejarlo, y, todo eso para casarme contigo y dejarme

dueño de la Fábrica; hacer de mí, otro él, otro don Abundio Solá...

no... no... gracias, gracias; mi Ideal es otro; otro es mi Ensueño...

—¡Ah! tú no me amas, Ulises;

tú no me amas;

si me amaras no dirías eso; no harías eso;...

el que ama verdaderamente, lo sacrifica todo por su amor, y se sacrifica a él—dijo la joven con un acento tan triste que parecía fundir en sí todas las tristezas y los ecos dolorosos de las cosas que morían en el corazón obscuro del crepúsculo.

—Amarte, sí que te amo—dijo él, ya sin acritudes en la voz—pero amo más la *Gloria*; el sueño de *Gloria*, que me he forjado;

tu padre exige que yo sacrifique ese sueño a tu amor;

no, yo no lo haré;

ese sueño es mi Vida toda, y sin él siento que no podría vivir;

no sacrificaré tampoco el sueño de tu amor;

yo, los haré vivir ambos de una misma vida ardiente y tenaz;

realizaré el sueño de mi *Gloria*, y, ofreceré mi *Gloria* a tu amor;

yo seré el artista que he soñado ser; y ese artista será el que ha de casarse contigo, no el patrón espeso y brutal que tu padre quiere hacer de mí;

yo, haré mi camino solo, no tengo necesidad de que nadie me lo haga;

no necesito de la mano de tu padre para andar hacia mi Destino;

mis sueños no andan, ellos vuelan;

y, yo vuelo con mis sueños...

es verdad que yo dejé la Fábrica con el pretexto de que no se aceptaban mis modelos para el monumento de Ugo León, pero esa no es la razón verdadera de mi retiro;

es que yo no quiero seguir siendo una máquina pen-

sante, trabajando bajo el dictado de los otros;
yo, no quiero copiar;
yo quiero crear;
yo siento que algo irrevelado vive en mí, y quiero dar forma tangible a esos ensueños...
para eso necesito libertarme; irme...
aquí me asfixio...
aquí me ahogo;
aquí me muero...
necesito irme...
emprender la marcha por la Avenida luminosa...
la ruta azul abierta ante mis ojos, y, a cuyo fin está el fantasma de la *Gloria*...

Y, así diciendo dobló la cabeza y la ocultó entre sus manos, como si hubiese tenido necesidad de sostenerla, para que no cayese, como guillotinada por una hacha invisible:

—¿Irte?... ¿dejarme?—gimió la joven, cuyo rostro estaba todo en la sombra y parecía hacerse aún más doloroso en la obscuridad a donde sólo sus ojos brillaban como dos moluscos fosforescentes, y su voz era triste, de una tristeza de lamentación;

él, se inclinó hacia ella, con una ternura de la cual momentos antes no se le hubiera creído capaz y le dijo intentando consolarla:

—Eso será por poco tiempo;
yo, volveré vencedor;
y, te ofreceré mi Victoria como un trofeo...

Y, le tomó una de las manos; y la estrechó con pasión;
y, trajo su preciosa cabeza contra su corazón...
y, la besó luego en los labios largamente, apasionadamente... cual si bebiese con voluptuosidad la sal de las lágrimas que habían rodado por sus mejillas...
el alma de todo amor es la crueldad...

. . . .

Un importuno grupo de obreros jóvenes que venían por el camino y llegaban en ese momento bajo el pretil en el cual sentados los dos jóvenes habían dia-

logado, al escuchar el susurro de las voces, alzaron a mirar, y, adivinando más que viendo a Ulises Carmona, lo llamaron;

Enriqueta escapó azorada, perdiéndose entre los ramajes de los arbustos circundantes, y, él, acudió al reclamo de sus amigos, y se mezcló a ellos;

la alegría de los obreros se atemperó, y hablaron gravemente, porque estaban habituados a oir de labios de Ulises Carmona, cosas raras y profundas, que abrían en sus espíritus turbados vagos senderos de luz;

y, el grupo se alejó y se perdió en el corazón de la Noche Silente, a la cual el cercano mar cantaba su canción sin palabras, llena de cosas eternas;

en la miseria de la Tarde vencida;

majestuosamente.

*
* *

Finida su cotidiana labor, Agueda Santaella, recogió los menudos objetos que dispersos estaban en torno de ella, plegó telas y arregló madejas de hilos multicolores y apoyadas las bellas manos fatigadas sobre el bastidor en el cual había trabajado hasta ese momento y que le estaba cercano, permaneció así, en una actitud, de contemplación y, de meditación que parecía destacarla de las cosas circuyacentes en un vuelo de alma hacia horizontes muy lejanos donde yaciesen aglomeradas las cenizas de muchos sueños pretéritos, en una quietud de cenotafio;

enmarcábanla en su actitud, festones de enredaderas, y otras le hacían dosel abriendo sobre ella la policromía de su flora caprichosa, en una ármonía decorativa, a la cual los últimos clarores de la tarde extinta daban como perspectivas de un miraje acuático;

frontero el mar añilino, ya arrebujado en el manto de la Noche, parecía empeñado en adormecerla, diciéndole viejas añoranzas con su grave voz de conseja;

y, era bella aun, muy bella, llena de gracia frágil, en ese límite de su juventud finida;

entraba en la edad madura con algo de solteril y de puro, que la rodeaba de una como aureola mística y le daba un vago esplendor claustral;

la maternidad no había ajado nada en su cuerpo ni en su alma, que parecían prolongar el encanto de una larga y apacible virginidad;

alta, erecta, con una esbeltez de nínfeo, conservaba las formas gráciles de una *Ninfa* de Julio Romano, y la pureza de líneas de una de esas corsas talladas por Benvenuto, para motivo de un vaso en la colección de argentería de los Médicis, en el *Palacio Pitti*, de Florencia;

el óvalo del rostro alargado hacia los maxilares, como una señal de decisión y de fuerza espiritual, pálido, con una palidez de cerámica, en el cual los ojos lagunares, de un gris metalecente, se dirían lagos mercuriales, en un desierto de nieve;

la nariz aguileña, la boca larga y sinuosa de labios delgados, la frente comba y los cabellos obscuros, peinados en bandas cayéndole sobre las sienes hasta cubrir el lóbulo de las orejas, le daban un aspecto de medalla, extrañamente imponente y grave;

los senos improtuberantes, como si a nadie hubiesen lactado, y las caderas sin morbideces como si nunca hubiesen sido laceradas por los dolores de un alumbramiento;

las manos extrañamente largas, en las cuales, los dedos semejaban estambres de una flor de nácar; desnudos de toda alhaja;

los pies primorosamente calzados;

el traje severo y sin adornos;

de toda ella se exhalaba uno como hálito de aristocracia intelectual, y de distinción moral, que imponían el respeto;

hija única de don Juan de Santaella y de Torrijos, antiguo Profesor de Dibujo y de Matemáticas en la Universidad Industrial de la gran ciudad cercana, y, venido en aras de una pasión romántica, a aquel pueblo, donde quedó residente, estableciéndose como profesor libre de esas asignaturas, ella había nacido allí, y había crecido bajo la mirada austera de su padre, y, el amor de su madre, un ser todo pasividad y mansedumbre;

así había llegado hasta los diez y seis años, en que arribó al pueblo, Pedro Carmona, un joven ingeniero de la Corte, que al viejo Profesor venía recomendado;

admitido a visitas en el hidalgo hogar, halló de tal manera deslumbradora la belleza de Agueda, que se rindió ante ella;

y, después de pocos días de cortejarla, la pidió en matrimonio;

y, concedida que le fué su mano, tuvo lugar el enlace;

mayor érale el marido, en algo más de diez años a la edad que ella contaba;

pero, de tal manera garrido y decidor era éste, que ella, como otro de su edad lo tomó, y, tuvieron una luna de miel, de envidiable ventura;

tres meses de ella llevaban, cuando un mensajero del mejor hotel del pueblo, vino un día en busca del joven;

fuese éste, dócil al llamamiento, y, regresó mohino y, taciturno;

desde aquel día nublóse la ventura del hogar y, la paz y la alegría huyeron rápidamente de él.

Pedro, hizo largas ausencias, que inquietaron a su esposa;

pasábase muchas horas del día fuera de su casa, y al volver, una gran preocupación lo poseía;

aunque muy joven, Agueda se apercibió del cambio súbito, e interrogó a su esposo;

éste se disculpó, diciendo que eran los negocios, los que le tenían fuera, y, el fracaso de muchos de ellos, lo que ocasionaba su disgusto;

no es posible el largo misterio en un pueblo pequeño, y, éralo menos en aquél, dado violentamente a la murmuración y al chismorreo;

el alma piadosa no faltó, que viniera a decir a Agueda las razones de la ausencia de su esposo, y, por ende las de su humor exasperado;

así supo que una dama había llegado al pueblo y hospedádose en el hotel al cual Pedro Carmona había sido llamado, y, a donde desde entonces concurría diariamente;

interrogado éste, no negó, diciendo que era una prima suya muy enferma que de paseo hallábase allí;

pero, la mentira vino al suelo, por la presencia de la dama misma en casa de Agueda, la cual acompañada de tres niños de baja edad que eran sus hijos e hijos de Pedro Carmona, llegó a exponer sus cuitas haciéndole saber cómo ella era la querida de éste y aquéllos los frutos de ese concubinato;

aterrada e indignada Agueda, no supo qué hacer ante

la querida de su esposo que así le demandaba piedad;
el viejo Maestro indignado exigió la remisión de la querida a la capital o la expulsión del adúltero, de aquel hogar que mancillaba.
Pedro Carmona, no se lo hizo repetir dos veces;
huyó con su querida y con sus hijos, abandonando su esposa, y, el fruto que ya llevaba en sus entrañas;
ni ella ni su padre, persiguieron al adúltero, a quien hubieran podido enjuiciar como los letrados aconsejaban;
tenían demasiado orgullo para eso;
el viejo hidalgo se aisló más en sus matemáticas como en un refugio, y Agueda en su soledad como en un claustro...
el pueblo respetuoso ante tanto dolor, acalló sus murmuraciones;
y, el Silencio se hizo;
un Silencio que tomó con el tiempo las proporciones del Olvido;...

. . . .

dominada esa gran crisis sentimental de su vida, Agueda Santaella, entró definitivamente en su Reino Interior, en el dominio de su Yo Integral, aceptando su Destino con una tan altiva Resignación, que tenía las apariencias de una Apoteosis de su Orgullo;
nada quiso saber y nada inquirir de aquél que había sido su esposo, no lo amortajó, ni lo sepultó siquiera en el fondo de su corazón; lo arrojó desnudo como el cadáver de un esclavo en las gemonías del Desprecio;
su nombre fué proscrito de sus labios, como de los de todos aquellos que la rodeaban, en los cuales el odio al fugitivo tenían los caracteres de una pasión dominante, y, su recuerdo era algo infecto que todos arrojaban de sí...
al término reglamentario de su preñez dió a luz, un bello niño, en un alumbramiento feliz, como si la Naturaleza hubiese querido desagraviarla de los otros dolores, que la Vida le causaba;
el nacimiento de su hijo vino a dar nuevas orientaciones a su espíritu y, fijó definitivamente su Destino;

fué ese algo extrahumano, en que la Mujer, deja de ser la Mujer y, se hace: la Madre;

ese ser divino, que está por encima de todos los amores, y, el elogio de todas las lenguas;

y, ella fué eso: una Madre;

y, se puso a amar con delirio a esa entraña suya que era su hijo;

y, éste, un encanto de criatura, creció, peregrinando de sus brazos a los de su abuelo, porque el viejo Maestro se sintió renacer en aquella perpetuación de su sangre y, casi agradeció al intruso, que dándole el más grande dolor de su Vida, le había dado el más grande placer de su ancianidad;

y el anciano y la joven fueron como dos piras de adoración consumiéndose ante aquella estrella aparecida sobre el cielo de su vida para embellecerla y para consolarla;

clásico infatigable, y, homerista homerizante, espíritu poco o nada religioso, no amando el perfume equívoco de las flores de santidad que llenan el calendario, escogió para su niete un nombre aventurero y de leyenda, el más amado por él entre los nebulosos por pretéritos héroes helénicos, y le hizo imponer el de Ulises;

el viejo Maestro se constituyó en tal, para su retoño y fué sobre sus rodillas que éste aprendió a leer y sobre ellas que hojeó lós grandes libros de imágenes que abrieron ante sus ojos el horizonte asombrador de las leyendas;

el viejo le contaba historias deslumbrantes y consejas agoreras que el niño oía embebecido;

antes de saber muchas otras cosas, supo de las leyendas a las cuales debía su nombre, y, las aventuras de Ulises en la *Odisea,* le fueron familiares;

y, tuvo la visión de países remotos, de viajes, de carabelas y de islas alucinantes situadas más allá de los mares visibles en los horizontes prismatizados por los esplendores de la Fábula;

los dominios de la Historia le fueron revelados y descritos, por los labios seniles, hechos musicales al evocar

las cosas antiguas, y rememorar los parajes primitivos, más allá de los cuales, se esconden en el misterio los yacimientos vírgenes del mundo;

todas esas nociones de cosas retrospectivas y, grandiosas, hicieron en su espíritu una como superposición de pórticos maravillosos, engrandeciéndose y sucediéndose hasta perderse en los mirajes brumosos donde principia la zona tentacular y luminosa del Ensueño;

y, el niño se hizo ensoñador, grave y meditativo, amando con pasión la soledad y, el aislamiento;

aprendió de su abuelo las matemáticas y el dibujo, no alcanzando a encontrar en las primeras el sentido musical que les hallaba Pascal, y, apasionándose por el segundo de tal manera, que en poco tiempo llegó a ser el primero de los discípulos con que el viejo profesor contaba...

como no había concurrido a ninguna escuela ni sufrido las promiscuidades, de los internados, se conservó puro de alma y de cuerpo, ajeno a las corrupciones prematuras que ajan la niñez y mancillan la adolescencia de muchas generaciones de educandos;

doce años contaba cuando el primer gran dolor de su Vida vino a visitarlo;

un ataque de apoplegía fulminante, mató a su abuelo, que murió en sus brazos, en un prado cercano al pueblo, por el cual solían pasear todas las tardes;

le tocó presidir el duelo; y grave y adolorado, acompañó hasta el sepulcro a aquel que había sido el primero y el único amigo de su corazón;

quedados solos en aquella gran desolación, su madre y él, unieron aún más sus almas, y se abrazaron ante las inclemencias crecientes de la Vida, como dos náufragos en una playa desierta, ante la invasión lenta y amenazante de la Noche;

como con la muerte del viejo profesor, los recursos pecuniarios de la casa disminuían en mucho, Agueda Santaella se puso a intensificar sus tareas de bordados, en los cuales era afamada y meritísima, y, el niño entró

como dibujante, y, aprendiz de tallador, en casa de un escultor de imágenes en madera;

se le remuneraba miserablemente, no teniendo en cuenta sus conocimientos, sino su edad, y, sufrió todas las peripecias de esa torpe explotación de la infancia, que se llama, el trabajo de los niños;

aunque se le agobiaba de labor, una labor superior a sus fuerzas, hallaba sin embargo tiempo para entregarse a la lectura, que era su pasión favorita, y perfeccionándose en el dibujo, ideando modelos de estatuaria, y forjando motivos monumentales de ornamentaciones raras y caprichosas;

y, los mostraba a su madre que conmovida y meditativa se inclinaba sobre ellos, encantada de su belleza, y, adivinando—como sólo adivina el corazón profético de las madres—, el *quid divinus*, que había tras de la pálida frente de su hijo, que ella besaba con amor;

así llegó éste a la adolescencia, sano y fuerte a pesar de las apariencias de debilidad de su cuerpo delgado, y de su palidez natural, que se empurpuraba fácilmente a la menor emoción del ánimo;

fatigado del estéril trabajo que ejercía, tan inferior a su inteligencia y a sus conocimientos, pidió y obtuvo colocación, en una gran casa de fundición de hierro, donde se hacían muchos trabajos artísticos y, era ya notable por los monumentos y decoraciones que había elaborado;

se le admitió no sólo sin dificultad sino con placer, porque se sabía ya mucho de él, de su talento raro y de sus más raras aptitudes para la escultura y el arte decorativo;

además, la sombra venerable de su abuelo, cuya memoria era sagrada en el pueblo, lo protegía como una égida;

don Abundio Solá, que era el dueño de la Fundición, tenía como el más grande honor de su vida el haber sido amigo de don Juan Santaella, y, fiel a ese sentimiento, ensayó para con el nieto cuidados paternales;

lo introdujo en su casa, en la cual nadie entraba, porque era celoso como un jaguar de su hija, huérfana de madre, y apenas de un año mayor de Ulises Carmona;

éste y, la niña se vieron y se amaron;

los ojos complacientes del padre, vieron el nacimiento del idilio sin que hiciera nada para contrariarlo porque en el fondo habría sido la realización de un sueño suyo, ver mezclarse su sangre a los de los Santaella, a quienes él, sabía de puro linaje y vieja estirpe señorial;

no era el alma de Ulises Carmona, una alma de amor;

si se hubiese suprimido aquel que profesaba a su madre, y que superaba a todos, porque era una adoración, se hubiera dicho que era insensible a esa pasión;

estaba demasiado lleno de Sí Mismo, de su Yo Espiritual, demasiado dado a escuchar despeñarse dentro de sí la catarata de sus sueños, para ser absorbido por otro amor;

aislado, solitario, sin colindar con otra alma que no fuera la de su Madre, no vivía, otra Vida que la Vida de su espíritu, una Vida quimérica y audaz, que era como un viaje desesperado a través de todos los espejismos;

era un inadaptado y, un inadaptable;

el sentido de la Vida, era en él *ideal*, y, no *real;*

los hechos y las cosas sucedidas o vividas, al reflejarse en su mundo psíquico, se desorbitaban y perdían las proporciones reales, desmesurándose y desvaneciéndose en un horizonte de visiones suprasensibles, sitas aún más allá de toda Idealidad;

esa hiperestesia de su visión interior lo hacía naturalmente inhábil y casi ciego—como a todo espíritu superior—para la contemplación y la apreciación real, de los fenómenos ambientes, que se le aparecían enormes e insolubles y lo torturaban llenándolo de terror;

en cambio para la visión de cosas espirituales, esa

oscilación ascensional se equilibraba en las cimas de su mentalidad, en una armonía perfecta;

podría decirse que la comprensión lo pacificaba; y su Intelectualidad, moldeando su Sensibilidad, lo serenaba;

sufría, sí, sufría enormemente, a causa de ese estado absolutamente anímico que lo aislaba de todo, creándole una especie de intemperie moral, que lo exasperaba hasta la neurosis;

la sed de *crear*, que es la sed inagotable de todo Genio, lo torturaba hasta la desesperación;

pasaba noches de insomnio y de lágrimas en esta lucha tenaz por revelarse;

a todo pedía inspiración, a la Vida y a la Muerte, para juntarlas, para fundirlas, para revelarlas y hacerlas visibles en ese algo *inmortal*, que se llama una OBRA MAESTRA;

él, sabía que el Pasado no es la Muerte, que el Pasado es la Vida, para el Artista que tiene el deber de evocarlo, de modelarlo a su manera insuflándole su alma, haciendo de esas cenizas, el mármol o el metal imperecederos, en los cuales ha de revelar al Mundo su Sueño de Belleza, hecho palpitante y vivo en una *Obra de Arte*;

y, sus largas manos tentaculares, se extendían en la sombra como para levantar la punta de ese sutil velo de Misterio que se llama la Vida, tras del cual presentía, oculto y esculpido por él mismo, el rostro inefable de la Visión que torturaba su Vida: LA GLORIA...

así creció, así pasó las fronteras de la adolescencia, y así se preparaba a entrar en la juventud, pletórico de ensueños y de quimeras, cuando la llegada de un nuevo Director Artístico a la Fundición de don Abundio Solá, vino a cambiar bruscamente el curso de su vida;

era este un operario adocenado, pero de locas pretensiones, y apto en el manejo de las intrigas, y por las de la política había llegado a tener concomitancias con el Ayuntamiento del pueblo, uno de cuyos concejales

muy amigo del dueño de la Casa Solá, le recomendó a él;

don Abundio, como todos los *parvenus* de la riqueza, tenía la adoración de las cosas oficiales y, aquella recomendación fué para él, como una orden que se apresuró a cumplir, no sin disculparse antes con Ulises Carmona, de no darle, a causa de su joven edad, aquel puesto que de derecho le correspondía;

el nuevo Director, que no era sino un artesano empeñado en ser tomado por un artista en el difícil Arte de la Ornamentación monumental, tropezó pronto con el mérito indiscutible de *el Santaella,* como llamaban en el pueblo al nieto del Maestro venerable, y, sintió por él la sorda envidia, que todos los mediocres profesan a las almas culminantes y superiores, y, no tardó en principiar a hostilizarlo, haciéndole sentir su autoridad, de la cual el joven reía, abrumando con el sarcasmo de sus frases, al jefe que le habían dado;

éste, sufría de aquel orgullo insolente, pero sufría aún más de la persistencia cuasi diaria con que le hacía notar su ignorancia técnica y científica, en el arte que decía poseer;

estas humillaciones lo exacerbaban y, declaró la más ruda hostilidad a todo lo que de su joven rival venía;

bastaba que el diseño de un modelo, fuese dado por éste, para que aquél lo rechazase, sin alegar otro motivo;

calcos absurdos y ornamentaciones lamentables suplieron a los severos y elegantes motivos artísticos que Ulises Carmona daba para ornar frisos y monumentos,—sin que el dueño de la Fundición, lego en asuntos de Arte, se apercibiera de la decadencia estética que empezaba a deshonrar su producción;

este antagonismo llegó al colmo, cuando se encargó a la Casa Solá, la construcción del Monumento, que al Poeta Ugo León, iban a erigir sus admiradores, en la gran ciudad vecina;

los dos bocetos ideados y presentados por Ulises Carmona, verdaderos modelos de sabia elegancia de líneas,

y sobria ornamentación, habrían sin duda triunfado en el concurso, si el Director no hubiese optado por la vil táctica de ocultarlos, no presentando a la Comisión Organizadora de la Apoteosis, sino un burdo dibujo suyo, copia cínica y malaventurada del busto de Alfred de Musset, erecto en la *Place de la Comédie Française*, el cual hubo de ser aceptado a falta de otro mejor;

la alevosa mixtificación levantó un gran rumor de protesta entre los operarios de la Fundición, conscientes de la clamorosa Injusticia y ocasionó una escena de violencia inenarrable entre Ulises Carmona y el detentor de sus dibujos, escena que terminó por la brusca retirada de aquél, que abandonó la Casa Solá, para no volver a entrar a ella jamás;

y, se refugió en el silencio de su casa, en la soledad de su casa, feliz de no ver y de no tratar a nadie, entregándose al estudio y a la práctica del Arte, con una pasión de cenobita;

el asunto de los bocetos para el monumento de Ugo León, que había apasionado a los operarios de la Fundición, y, a los del pueblo todo, trascendió a la ciudad vecina, en la cual los periódicos hablaron y, la Comisión gestora, apercibida del truco audaz de que había sido víctima, retiró a la Casa Solá el pedido que le había hecho, sin que ésta, nada pudiese reclamar, porque el contrato aún no había sido formalizado;

todo esto, dió al nombre de Ulises Carmona, cierta resonancia, que llegó hasta los diarios de la Capital.

Pedro Carmona, que por éstos supo de las aptitudes artísticas de su hijo, se sintió entonces padre, y como era arquitecto y contratista de Obras Públicas, pensó que podría explotar esas aptitudes, para el decorado y ornamentación de ciertos edificios cuyos contratos de construcción tenía ya en ciernes;

y, escribió a su hijo, ofreciéndosele para costear el fin de su educación, inscribiéndolo en la Escuela de Bellas Artes de la Capital, e instándolo a venir a ella, donde nada habría de faltarle.

Ulises Carmona, sintió un sordo rencor al recibo de aquella carta;

él, profesaba a su padre un odio ciego, basado en el largo calvario de abandono que había sufrido su Madre;

y, resolvió no contestar siquiera la carta;

pero, entonces, fué Agueda Santaella, quien vino a su hijo, con el corazón en la mano, ofreciéndoselo como una flor, ese corazón de sacrificio que es el corazón de una Madre, y lo instó a que reflexionara, a que mirara al porvenir, a que perdonara...

¿qué sería de él, ahora, sin colocación, sin trabajo, sin recursos, con el desconocimiento, el abandono y la miseria en perspectiva?

¿qué iba a ser de su talento, murado en aquel pueblo hostil, donde la gente empezaba ya a sospecharlo de díscolo y de vago?...

¿qué sería de su porvenir?

¿qué sería de su *Gloria*?

esta palabra dicha por los labios suaves de su Madre, tuvo a sus oídos una repercusión extraña de canto guerrero, fué una como consigna de Inmortalidad, y le pareció que todas las trompetas de la Victoria, sonaban a lo lejos, en un clamor de Apoteosis;

y, se abrazó a su Madre sollozando, y diciendo muy paso:

—La *Gloria*... la *Gloria*... la *Gloria*...

. . . .

. . . .

la lucha fué corta, pero violenta en su espíritu...

siempre bajo el dominio cariñoso de su Madre, que todo lo perdonaba por salvarlo, escribió a su padre aceptando;

y, se preparó a partir;

y, esperaba la carta que debía marcarle la fecha de aquel rompimiento de su corazón;

a su novia, acababa de anunciarle la probabilidad de su viaje;

su seguridad no;

¿para qué?.

su incomprensión era una muralla alzada ante su cariño;

pensando en eso, regresaba a su casa, con el grupo de obreros amigos a los cuales acababa de unirse...

su Madre lo esperaba;

inmóvil y augusta en las beatitudes del crepúsculo que la circuían como una aureola;

cuando el hijo traspuso la puerta del pequeño jardín que separaba la casa del camino, la Madre se puso de pie y vino a su encuentro...

y, se abrazaron sobre el último peldaño de la escalera a la cual el corredor servía de vestíbulo...

y, un silencio de angustia los poseyó...

los oprimía como la piedra de un sepulcro puesta sobre sus corazones...

al fin, la Madre, más valerosa—como todas las madres siempre que de sacrificarse por sus hijos se trata—dijo con una voz triste, que quería ser tranquila:

—Ya vino la carta.

—¿Ya?—murmuró él, como si hubiese visto el mundo todo, hundirse ante sus ojos...

nada más se dijeron...

y, entraron a la casa, que a esa hora tenía la quietud siniestra de una tumba...

*
* *

Ulises Carmona, había dejado su hogar, en el amanecer de un día muy triste, en que los cielos y el mar parecían unirse en un lento consorcio de sombras y de clamores...

casi hasta clarear el alba había llorado y sollozado en brazos de su Madre, los cuales había abandonado para partir;

solo, había ido a la Estación, y solo, había tomado el tren que debía conducirlo a la ciudad vecina, en la cual debía tomar el gran *Express* que lo llevara a la Capital;

de aquel pueblo que se hundía en la bruma y, las chimeneas de cuyas fábricas se alzaban al cielo en un gesto hostil de brazos agresivos, no sentía sino su Madre;

era todo su corazón que quedaba allí, prisionero de aquellos brazos que el Dolor parecía romper al estrecharlo, era su alma que había quedado allí pendiente de aquellos labios que el llanto había hecho amargos al besarlo, como si fuesen una playa salitrosa y, los cuales habían tenido la expresión dolorosa de una herida que se desgarra, cuando se habían abierto para decirle: Adiós...

y, pensando en eso lloraba...

y, la gente que lo veía llorar, sabía porqué lloraba;

y, no ensayaban consolarlo...

eran en su mayoría pescadores y mercaderes de otras clases, que venían a la ciudad a traer sus mercancías;

una mujer que le estaba cercana, dijo con una angustia suprema:

—¡Pobre doña Agueda!—y, en aquella exclamación pareció como si vertiese toda su alma;

él, la miró y, a través de sus lágrimas le pareció

bella, como las palabras de piedad que habían dicho sus labios;

la reconoció;

era la Madre de un Obrero amigo suyo, el cual hacía poco había partido para hacer su servicio militar;

y, comprendió que aquella mujer había hablado por los labios de su herida;.

y, pensando en la de su Madre, lloró aún más violentamente, ocultando su rostro entre las manos para que no lo viesen llorar y ahogando sus sollozos, para que otros no lo oyeran sollozar...

la noche que pasó en el *Express*, fué desesperante, como una pesadilla, y, cuando entre los esplendores de la mañana vió el panorama de la Capital alzarse ante sus ojos, apenas si pudo contemplarlo, porque los cegaban aún el velo de las lágrimas;

su padre lo esperaba en el andén de la Estación, y como no lo conocía lo llamó por su nombre;

cuando fué hacia él, lo abrazó y lo besó...

le devolvió penosamente el beso, porque le parecía una traición a su Madre, besar a aquel que había sido el Verdugo de su Vida, con los mismos labios que acababan de ser ungidos por el aroma de los suyos;

y, vió que su padre era un hombre alto, obeso, al cual la obesidad quitaba toda elegancia, tenía las facciones abotargadas de un viejo *noceur*, teñidos el bigote y los cabellos, éstos ya muy escasos, los ojos picarescos, y, en todo él se notaba esa tendencia a luchar contra la vejez, que es la última y conmovedora actitud de los hombres y las mujeres que han hecho del Amor, el objeto primordial de su vida;

éste, encontró a su hijo, fuerte y, bello, muy distinguido; distinción de aire y de maneras que le venía sin duda de la raza afinada y toda espiritual de los Santaellas, y sólo encontró manera de decir alguna frase cariñosamente equívoca sobre la palidez del joven, que juzgando por sí mismo, atribuía sin duda, a excesos a los cuales Ulises Carmona era absolutamente ajeno, y, bromeó cautamente, sobre la longitud de la melena,

que calificó de decadente, vocablo muy en boga entonces entre los acerebrados de la Corte, para burlar o deprimir a los hombres de talento, que la tenían de moda;

el joven no puso mientes en las palabras de su padre absorbido como estaba por su dolor, en esa hora que él creía de absoluta orfandad, y, se conformó con sonreir, ausente como estaba su espíritu en la contemplación de los parajes lejanos en cuyo fondo ocre y azul de olas y de playas, la imagen de su Madre, se alzaba como en el oro mórbido de las iluminaciones de un Misal.

Pedro Carmona, ocupaba un bello apartamento, en uno de los barrios nuevos de la ciudad donde las casas modernas se erigían llenas del más refinado *confort;*

podía hacerlo porque era uno de los arquitectos más reputados de la Corte, y, empresario afortunado de grandes contratos de Obras públicas, que eran grandes prebendas oficiales;

la habitación preparada para Ulises, era pequeña pero elegante y llena de aire y de luz:

—Aquí podrás leer y estudiar a tus anchas, que para trabajar están la Academia, y la Escuela de Bellas Artes, donde tendrás bellos modelos a granel;—y, guiñó un ojo en un gesto de malicia, al cual el joven permaneció indiferente;

y, luego le presentó a la Señora, encargada del manejo de la casa;

era ésta, una mujer ya rayana sin duda en los cuarenta años, aunque muy disimulados por un sabio *maquillaje,* y una elegancia refinada en la *toilette;*

era ópima de formas; de un caderámen monumental, apenas domado, como los senos enormes por los rigores estilizados del corsé;

debía haber sido soberanamente bella, y lo era aún, con sus ojos bovinos dilatados por la atropina, y, engrandecidos por un cerco trazado al esfumino;

tenía la boca grande y sensual, y, la cabellera rubia, teñida al *Henne;* unas manos primorosas, y brazos esculturales;

sólo la voz no era bella;

era una voz agria, ronca, como la de los ebrios, que piden una limosna, tambaleándose insolentes en el fondo de un *carrefour*;

a la naturaleza tan delicadamente estética de Ulises Carmona, a la cual la disonancia de los colores y de los sonidos lo lastimaban hasta el dolor, aquella voz gutural y como avinada, le fué insoportable, y hubiera querido taparse los oídos para no escucharla;

sin embargo, ella continuaba en decir, fingiendo una desilusión, y como si esperase un niño, sobre el cual soñaba ejercer funciones maternales:

—Pero, si es un hombre...

Y, lo detallaba con una mirada golosa, hallando sin duda muy bello aquel mancebo sobre cuya belleza delicada, el reciente dolor arrojaba un leve manto de tristeza, que era como un nuevo encanto;

grave y pensativo, con la boca amargamente plegada, como rebelde a dejar evaporar el encanto de los lejanos besos recibidos, o cual si temiese perder el perfume de ellos, Ulises, agradeció tantas amabilidades, y, fué feliz cuando quedó solo y, pudo entregarse al dolor consciente y amable de rememorar;

y, el panorama de su vida toda, se alzó ante él, como en un miraje turbador y profundo, un miraje de lagunas dormidas bajo la noche y en cuyo azul mordorado de estrellas, nínfeos, muy blancos, se adormecían bajo la caricia de una luna muy lejana...

y, el rostro de su madre dominaba el fondo de esos recuerdos con el divino prestigio de su belleza insuperable;

y, un acceso de ternura retrospectiva lo poseyó de nuevo, tan fuerte, que rompió a llorar como un niño, y, extrajo de su cartera el retrato de su Madre, y lo cubrió de besos, lo puso sobre la mesa y se postró ante él, y cruzó las manos;

y, lo adoró...

y, le pareció que aquel rostro amado, se alzaba coronado de aureolas como un sol, y, llenaba de claridades infinitas, el seno tenebroso de su Soledad.

*
* *

La vida en la Capital, fué para Ulises Carmona, calmada y grave, como una bahía silenciosa, sobre la cual el tumulto de las olas no lanza su turbado clamor de maretazos;

no renunció a su tristeza, la tristeza de la ausencia materna, y antes bien la cultivó como una flor cuyo perfume reminiscente, embalsamaba suavemente su corazón;

diariamente escribía a su Madre una larga carta, rosal de confidencias, en el cual, cantaba su alma, como un pájaro batiendo las alas ante el resplandor de una estrella lejana...

en esas cartas vertía toda su alma, y en las de su Madre—que tenían para él, la seducción extraña de una melodía—agotaba la fuerza y la ternura que emanaban de los consejos maternales, como de una fuente incontaminada, en cuya serena belleza se retratara el áureo follaje de los laureles inmortales, y, cuyo lejano murmurio le decía palabras de *Gloria*, de la *Gloria*, que era su sueño, de la *Gloria*, que había venido a buscar a esa ciudad lejana, lejos de aquello que amaba más que la *Gloria* misma: los besos de su Madre;

su padre era para él, cariñoso sin ternuras, casi podría decirse que no era sino amablemente atento como quien cumple un deber o cultiva un designio largamente meditado;

él, no amaba a su padre, no podía amarlo; largos años de abandono los seperaban como una marisma inclemente; y la sombra de su Madre se alzaba entre los dos como la imagen de una diosa ultrajada, pidiendo cuenta de su profanación;

el Idolo los separaba;

además, él, había descubierto algo que no podía ser

un secreto para nadie, y que lo lastimaba en su dignidad;

la mujer que allí vivía, la Señorita Silvia, como ella se hacía llamar, era la querida de su padre;

si en los primeros días habían guardado cierta reserva, cierto decoro, que los más elementales deberes de educación les imponían, prescindieron bien pronto de ellos, arrojaron la máscara y, fueron atrevidos hasta el descaro;

se abrazaban y se besaban en todas partes y a propósito de todo;

sus conversaciones en la mesa, eran de una libertad rayana en el libertinaje;

ningún velo de pudor cubría la licencia desenfranada de los gestos y de las palabras;

la obscenidad de las conversaciones de su padre era revoltante, y la de su compañera no le iba en zaga;

y, porque él guardaba silencio ante la inmundicia de ciertas frases, de las cuales no comprendía el sentido, reían de él;

y, porque enrojecía ante ciertos tocamientos cuyo impudor lo indignaba, su padre lo cubría de menudos sarcasmos, en los cuales ponía en duda su virilidad;

la Señorita Silvia, que era una vieja cocota francesa, hecha querida de Pedro Carmona, en uno de los viajes de éste a París, extremaba la befa tratándolo como un niño;

lo llamaba: *le petit*; y, no le dirigía nunca la palabra sino diciéndole: *mon cher enfant*;

lo cual no impedía que en la intimidad de la casa extremara sus *déshabillés*, hasta las más atrevidas desnudeces por el sólo placer de verlo enrojecer, entre las carcajadas de Pedro Carmona, que había tomado como un *sport* doméstico, esto de burlarse del pudor de su hijo;

éste no se indignaba tanto ante los sarcasmos, como ante la vergüenza de verse obligado a sentarse a la mesa, y a convivir con la querida de su padre;

eso le parecía una profanación a su Madre, a la Au-

sente, a la Santa, que era toda la Adoración de su Alma;

y, se vengaba con la acritud despreciativa de sus palabras y la acerbidad terrible de sus frases;

la hora de las comidas llegó a hacerse un campo de duelo verbal entre él y su padre;

éste, de una vulgaridad desbordante, no tenía la agilidad de espíritu ni de lenguaje, que eran habituales a su hijo y, degeneraba pronto en la diatriba, mientras éste se mantenía en las regiones del sarcasmo, ligero y zumbón, como un tábano picando el testuz de un toro enfurecido.

Pedro Carmona, audaz, como todos los ignorantes, solía opinar, y sentenciar, *ex cátedra*, en asuntos de Arte, tratando de imponer su criterio a su hijo, que en eso, como en todas las cosas mentales y culturales le era muy superior;

y, éste, no se recataba para hacerle sentir esa superioridad:

—Tú no eres un Artista, eres un Artesano, no ejerces un Arte, sino un oficio...—le había dicho un día que discutían, sobre el diseño de un Cenotafio que el Municipio de la Ciudad pensaba erigir en honor de un Concejal difunto, que no había tenido otro que ser un Héroe del Peculado, muerto al pie de las arcas públicas, que habían sido el campo de todas sus victorias, y cuyo monumento Pedro Carmona pensaba contratar:

—Yo soy un Arquitecto de Obras públicas—había dicho éste inflado de orgullo.

—Un Albañil con levita—le había dicho su hijo desdeñosamente;

la Señorita Silvia, solía terciar en esos diálogos, para mitigar su acritut, siempre que no fueran, en la comida de la noche, y, finida ésta, porque a esa hora el vino había hecho ya estragos en la vieja cocota, y no se sentía ya ésta con ánimos de mediadora;

de todas estas tristezas nada contaba él, en sus cartas, a su madre, porque la sola idea de hacerle verter una lágrima le habría hecho la vida intolerable;

al contrario contábale cosas agradables de sus estudios, de sus amigos en la Escuela de Bellas Artes, los cuales empezaban ya a estimarlo mucho; de sus trabajos en la Academia, cuyo Director, un gran Artista ya consagrado por la Gloria, había sido discípulo de don Pablo Santaella cuando éste ejercía su profesorado en la Corte, antes de que lo asaltara la romántica pasión, que truncando su carrera había de llevarlo al lejano pueblo donde se confinó, entre el respeto de los unos y el olvido de los otros, y había tomado en grande afección al nieto en el cual veía con el alma maravillosamente romántica del abuelo, surgir una chispa de genio, llamado tal vez a grandes resonancias;

decíale también en esas confidencias cotidianas muchas cosas de su Vida Interior, incorruptible e inaccesible, como un despertar de aurora;

no nombraba nunca a su padre, como si un tácito acuerdo hubiese condenado al exilio el nombre de aquél que ninguno de los dos amaba.

Pedro Carmona no hizo nada por conquistar aquel corazón que el amor de la Gran Abandonada, llenaba con el fervor y la violencia de un culto, y no amaba tampoco a aquél en el cual adivinaba una despreciativa hostilidad, que tenía toda la magnitud de un perenne Reproche;

ante las rehusas repetidas del joven de prostituir su talento en ornamentaciones banales, para edificios de un gusto deplorable que él levantaba, tuvo el pesar de haberle traído, y, se arrepintió de ello;

lo hubiera enviado de nuevo al pueblo, arrojándolo de su casa, como había arrojado a los hijos de su antigua querida, después de la muerte de ésta, si no hubiese temido acarrearse comentarios desfavorables a sus negocios, por algunos de sus amigos, y muchos artistas que veían ya en el talento innegable de Ulises Carmona, el germen de una futura gloria nacional;

y lo toleraba, no pudiendo amarlo;

y hacía ese sacrificio a su Vanidad, ya que era incapaz de alzarse hasta el Orgullo.

*
* *

Noche de Primavera;

azul difuso el cielo violetizante, parecía bajo el blanco julgor de las estrellas, un enorme tapiz seminado de lirios;

impóluta la luna en creciente, como una flor de cera aparecía;

y, era como el rictus de una boca en silencio sobre la faz taciturna de la Noche;

la ciudad arcaica y feudal parecía dormirse sobre las cenizas de su antiguo poderío;

la urbanización reciente, modernizándola, desvirtuaba su grandeza, esa grandeza histórica que se perdía en un miraje de siglos;

guerrera y monacal, había creído inmortalizar sus conquistas y su fe, perpetuándolas en palacios y templos que nuevas construcciones de un atrevimiento exótico habían reducido a proporciones humillantes, sin otro prestigio que el de su pasado histórico;

en la calma opiacente de esa noche, la ciudad vetusta y heroica, dormía a la sombra de sus nuevos palacios, que eran como una insolente floración de mármoles.

Ulises Carmona había vagado a la aventura, por las calles llenas de luz y las plazas tumultuosas, y, regresó a su casa conquistado por el encanto de los serenos cielos, apaciguado su ánimo por el letárgico silencio de los barrios aristocráticos y solitarios, que le había tocado atravesar para ganar su hogar;

y, entró a él, con una muelle fatiga física, que le venía más que de su largo ejercicio a pie, de su estado moral, peligrosamente turbado de emociones;

al entrar, vió que a pesar de la hora tarda, había luz en el comedor, y, oyó la voz gutural y repugnante de la Señorita Silvia, que disputaba, sin duda con alguien del servicio;

con el deseo de pasar desapercibido, anduvo en puntas

de pies, y, entró a su aposento, cerrando suavemente la puerta, mas sin dar vuelta a la llave;

se despojó de sus ropas de calle, vistióse aquéllas de dormir, y se disponía a entrar en el lecho, cuando la Señorita Silvia, abriendo bruscamente la puerta, entró en la habitación;

cubríala apenas en parte, un peinador de encajes, de tal manera trasparente, que más servía para mostrar que para ocultar sus carnes; carente de mangas, dejaba ver hasta las axilas, donde cabrilleaban rizos locos; traía las piernas y los pies desnudos, prisioneros estos últimos, en unas babuchas rojas, que se dirían dos ababoles en flor; desgreñados los cabellos, como en una cabeza de Medusa; los ojos turbios e insolentes; y la lengua torpe y el andar incierto; ignominiosamente ebria; como todas las noches; y, aquélla más que las otras;

fué hacia él, tambaleante, la mirada lúbrica, el aire todo de un cinismo repugnante, y le dijo con su frase sacramental:

—Mi querido niño; ¿estás enfermo? he visto luz y he venido; ¿por qué en pie ya tan tarde?

Y, así diciendo, se le acercó más, le acarició la cabeza rozándole las mejillas con los senos descubiertos;

el joven se puso en pie;

entonces ella lo abrazó con los brazos desnudos, lo trajo contra el seno y el cuerpo, ya desnudos también y lo besó en los labios, sin que él pudiera defenderse;

le decía frases ignominiosas de lascivia haciéndole el ofrecimiento de su belleza fatal;

el joven indignado la rechazó tan brutalmente, que ella cayó de espaldas en el suelo mostrando todas las ignominias de su cuerpo;

él, azorado volvió el rostro, apartando los ojos del innoble espectáculo;

y, cuando después, volvió a mirarla, la ebria, ya puesta en pie, venía sobre él amenazante, con los puños airados y diciéndole improperios;

tuvo que tomarla fuertemente por las muñecas, reduciéndola a la impotencia;

entonces, se dió a gritar desaforadamente, en demanda de auxilio...

y, cuando las sirvientas vinieron, escapó, diciendo que el joven había querido violarla, y, robarle los pendientes de brillantes que ornaban sus orejas.

Ulises Carmona, quedó de pie, en el centro de su aposento, desconcertado, indignado y, oyó el ruido de las vajillas al romperse, en el comedor cercano, y los gritos de la Señorita Silvia, que presa de un acceso de furor alcohólico, rompía todo lo que estaba al alcance de sus manos;

entonces, empezó serenamente a vestirse, con el mismo traje con que había llegado a la Capital, dejando colgados al ropero, los dos nuevos, que su padre le había hecho hacer en casa de un sastre afamado;

guardó en una pequeña maleta, sus ropas interiores, sus papeles, sus libros, sus dibujos, ya que todos sus esbozos en yeso los tenía en la Academia;

guardó las cartas y, el retrato de su Madre en el bolsillo, al lado de su cartera;

y, esperó...

el ruido cesó poco a poco en la casa, y, sólo se escuchaban a intervalos, los sollozos de la Señorita Silvia, que lloraba, o fingía llorar;

su padre no tardó en llegar;

lo sintió cerrar por dentro la puerta, atravesar cautamente el pasillo, y, entrar al cuarto de su querida;

los oyó hablar, y disputar largo rato;

y, luego, sintió los pasos de su padre, que venía;

rojo de cólera, trémulo de rabia, el rostro descompuesto, y en ademán airado, Pedro Carmona abrió la puerta del aposento de su hijo y entró en él;

éste se puso en pie:

—¡Miserable!—rugió el padre—; ¿es así, como respetas mi hogar, y, pagas mi hospitalidad, tratando de violar a la santa y noble mujer que me acompaña, mal-

tratándola porque no se presta a tus designios?... ¡Cobarde!

Y, diciendo así se abalanzó hacia él, con el puño levantado:

—Ten cuidado—dijo el hijo retrocediendo para evitar el golpe...

y, miró con tal fiereza a su padre, que éste se detuvo, bajó el brazo, y, quedó inmóvil, como esperando que su hijo hablara;

éste hubiera podido defenderse, decir la verdad, acusar a la querida de su padre, pero, halló que delatar a una mujer, cualquiera que ella sea, es siempre una vileza; él, no la haría;

y, guardó silencio:

—Vete—gritó Pedro Carmona, señalando a su hijo la puerta de la casa—, vete de este hogar hospitalario, que has querido deshonrar; vuelve a casa de tu madre:

—No la nombres, no la nombres—gritó Ulises, saltando sobre su padre, con los brazos levantados, y, la ira de una tigresa a la cual le tocan el cachorro..,

Pedro Carmona retrocedió asustado;

y, ya en las sombras del corredor, dijo a su hijo con voz insegura:

—Vete...

Este, quiso coger su maleta, que había puesto sobre el lecho:

—No te la lleves; es necesario que yo la vea antes, para ver si te llevas algo, así como has querido robar sus pendientes a la Señorita Silvia...

—Mientes—gritó el joven, dejando la maleta en su puesto;

y, se alejó, porque una nube roja le cegaba los ojos, y sintió que iba a estrangular a su padre;

se puso el abrigo y el sombrero, que había dejado colgados al ropero del recibidor;

y, salió...

ya en la calle, tuvo unas ganas enormes de llorar;

la cólera impotente le hacía un nudo en la garganta, y quería gritar;

anduvo como un sonámbulo;
¿a dónde ir?
hubiera querido refugiarse en un Café, para pasar el resto de la noche;
pero no tenía dinero;
se encaminó hacia una de las grandes avenidas que llevaban a los jardines públicos;
allí, se sentó en un banco, al cual el follaje de los grandes árboles hacía techumbre...
de los jardines cercanos, se escapaba el perfume penetrante de los magnoleros en flor;
gentes del hampa, circulaban por entre los senderos, en actitudes equívocas...
todo eso se fué borrando poco a poco ante sus ojos, como envolviéndose en una niebla opalescente;
y, se quedó dormido...

. . . .

. . . .

clareaba el alba, una alba hecha toda de azules pálidos y oros delicuescentes, cuando despertó bajo la presión de una mano brutal que se posaba sobre su hombro, y, oyó una voz imperativa que le decía:
—¡Vamos! ¡vamos!...
Abrió los ojos;
dos hombres se inclinaban sobre él, asiéndole por los brazos y sujetándolo fuertemente;
eran dos agentes de policía;
no hizo resistencia;
se dejó atar y se dejó llevar;
¿a dónde?
los escasos transeuntes que circulaban a esa hora, lo miraban compadecidos de su juventud;
bien pronto llegaron al cuartelillo de la Delegación;
lo empujaron en un calabozo, y, cerraron la puerta;
dos ebrios dormían cerca de él, y, un pilluelo zarrapastroso lo miraba con asombro;
intentó rememorar...
toda su Vida se alzó ante él, tan desolada y triste que tuvo el deseo de llorar...

se contuvo, porque los ojos del niño lo miraban;

y, vió con horror esta hora miserable, que manchaba su juventud inmaculada con aquellas promiscuidades degradantes...

¿por qué estaba allí?

sentía necesidad del aire y de la luz, como de una purificación...

¿a quién pedirlo?

el único ser que lo amaba estaba lejos, tal vez a esta hora abría los ojos en su lecho, sin pensar que su hijo estaba en prisión...

y, el horrible vocablo se alzó ante él, convertido en esa cosa real, que ahora lo devoraba;

trascurridas largas horas de esa angustia inenarrable, la puerta del calabozo se abrió;

y, fué llevado a fuera con los dos ebrios, que apenas podían tenerse en pie, y, el niño vagabundo, que se acercaba a él, como pidiéndole protección;

lo llevaron ante un juez;

entre las gentes miserables o siniestras que llenaban el pretorio, él, llamó la atención, por su aire distinguido, por algo raro, que emanaba de toda su persona, como un efluvio espiritual;

el juez que lo interrogó, hábil en el conocimiento de las almas, adivinó la inocencia tras esa mirada límpida, que semejaba un cielo sobre el cual no apareciera ni la sombra de una nube;

y, cuando interrogándolo, llegó a decirle:

—Y ¿por qué tomó usted, los mil francos, y la cartera de su padre, que le fueron encontrados?

—¿Yo?—dijo, él con tal acento de extrañeza que conmovió a todos.

—Sí; usted...

—Yo los hallé en el bolsillo de su abrigo—dijo el policía incivil, que lo había cacheado antes de despertarlo en el banco del Paseo...

—¿Yo? ¿yo?—repetía él, y miraba como hebetado el fajo de billetes, que en una cartera estaba sobre la mesa del Juez...

—Sí, tú—oyó que le gritaba su padre desde la barra de los testigos, y lo oyó repetir la historia de la tentativa de violación y, el pretendido robo de los pendientes...

entonces, habló, y habló como acusador, no como acusado;

contó del abandono de su Madre y de su infancia dolorosa; de sus sueños de Arte, de la llamada de su padre, y relató la escena de embriaguez y lujuria que había ocasionado su expulsión de la casa paterna;

y, lo dijo con tal acento de sinceridad y de elocuencia, que el juez mismo viéndolo llorar, le dijo:

—No llores así, hijo mío, que tu padre te perdonará;

Y volviéndose a Pedro Carmona, que avergonzado y colérico ante aquellas revelaciones empezaba a arrepentirse de haber denunciado a su hijo, el Magistrado le insinuó, con algo de desprecio en la voz, que según el Código un padre, no podía ser aceptado como acusador de su hijo, y, que aun aceptando la culpabilidad de éste, no podía ser puesto en prisión, sino entregado a su padre, para que lo pusiese en una casa de corrección hasta su mayor edad, visto que aun era menor de ella;

un largo rumor y un revuelo entre las gentes de la barra interrumpieron las palabras del Magistrado, que volvió a mirar hacia el público con el ceño fruncido, el rostro autoritario;

dos mujeres, con sendas cestas en los brazos, pugnaban por abrirse paso;

menuda, tímida, casi una niña, era la una;

alta, gruesa y de ademanes resueltos, aquella que la seguía, diciéndole:

—Anda, anda y, declara; dí la Verdad...

y, la pequeña avanzó casi hasta el juez, que le dijo:

—¿Qué quieres?

—Declarar, Señor; decir que este Señorito no ha robado la cartera con los billetes; que yo se la puse en el bolsillo del abrigo por orden de la Señorita Silvia, que me dijo que eran de él.

—Sí, Señor, y, como estaba borracha—dijo la otra—acusó al pobre niño de las porquerías que ella quería hacer con él...

—Basta, basta—dijo el Juez, bastante enterado ya del asunto, y deseando cortar el escándalo.

—Yo, retiro la acusación—dijo mohino Pedro Carmona, que casi sudaba sangre.

—No hay necesidad—dijo el Juez—, este joven queda en libertad, y volviéndose hacia Ulises Carmona, le dijo con ternura.

—Vaya usted con Dios...

e hizo seña con la mano a Pedro Carmona, para que se retirara también;

las gentes abrieron paso al padre y al hijo;

ya en la puerta del Juzgado, Pedro Carmona dijo a su hijo:

—Tú no querrás ir a casa; toma ese dinero, para buscarte alojamiento;—y le extendió la cartera acusadora, repleta de billetes.

Ulises Carmona, la tomó con mano trémula, la agitó en el aire, como la piedra de una honda, y la lanzó al rostro de su padre, con tal fuerza, que éste vaciló del golpe, y, se llevó la mano a uno de los ojos, creyendo que se lo había saltado;

después recogió la cartera sin ensayar nada contra su hijo;

y, los dos hombres partieron en diversas direcciones.

Ulises Carmona, llegó a la Academia, cuando era ya pasado el mediodía;

sintió que la cabeza le giraba;

vacilaba sobre sus piernas;

estaba en ayunas;

no tenía siquiera un céntimo, en el bolsillo;

haciendo un esfuerzo para subir la escalera, llegó hasta el pequeño gabinete donde modelaba;

con la intención de trabajar, descubrió el busto de su Madre: *la Abnegación*, en el cual trabajaba con tanto amor, y, ensayó dar principio a su tarea;

le faltaron las fuerzas;

y, rodó desplomado al suelo;
sus condiscípulos vinieron en su ayuda;
y, ensayaron reanimarlo;
los últimos llegados, habían traído los rumores de lo acaecido en el Juzgado y, la actitud del joven artista despertaba entre ellos enormes simpatías;
le aplicaron cordiales;
el Director que llegó en aquellos momentos, y, se informó de todo, acudió con solicitud conmovedora a su joven discípulo, le hizo dar reconfortantes, y, lo llevó a su casa, en su propio coche, y, lo sentó a su mesa, presentándolo a su familia;
terminada la comida le dijo paternalmente:
—Hay en el piso último del edificio de la Academia, unas pequeñas habitaciones, cuasi buhardillas, que antes ocupaban artistas pensionados, y, ahora están vacías, puede usted ocupar una de ellas; hay vacante una plaza de celador que tiene un sueldo exiguo, yo se la ofrezco; usted no tiene otro deber que dormir allí, en la noche.
Ulises Carmona, aceptó agradecido;
ocupó la buhardilla que amuebló con una cama y un lavabo que la familia del Director le envió; subió a ella, el busto de su Madre, y los otros esbozos de obras suyas, y, se instaló allí, libre y feliz, en pleno dominio de su Arte, que era su Vida;
cuando envió por su maleta a casa de su padre, le enviaron los trajes, las botas y los sombreros nuevos, que éste le había comprado;
los devolvió inmediatamente;
y, no conservó sino lo suyo;
aquello que había traído de su pueblo y, que le parecía tener uno como prestigio sagrado, y, algo como el lejano perfume de las manos de su Madre.

*
* *

La vida de Ulises Carmona, después de la ruptura violenta con su padre, fué como la vida de un cenobita laico, locamente enamorado del Arte y del Ideal;

se enclaustró en la Academia, e hizo de su buhardilla, una celda para el estudio, la meditación y el aislamiento;

fué austero, más allá de toda austeridad, y duro consigo mismo, como conviene a esos grandes domadores del *Yo*, que son los únicos verdaderos vencedores de la Vida;

se impuso una disciplina férrea que modeló su espíritu en los troqueles de los grandes caracteres, tan raros y tan preciosos, en la época corrompida y voluptuosa en que le había tocado vivir;

la gran ciudad no lo contaminó con su aliento, no lo contagió de sus vicios, no devoró su genio en flor, como había devorado el de tantos otros, ahogados en el tembloroso lodazal de la bohemia, seducidos por el miraje tornasol de sus miasmas en fermento;

no tuvo más amor que el de su Madre, porque el de su novia había naufragado, en el inseguro mar de la Calumnia cuando sus olas amenazaron devorarlo;

el día que su padre, lo llevó al Juzgado, acusándolo de robo, los diarios hablaron de eso;

y, por ellos la noticia fué a la aldea lejana, rencorosa y, cruel;

los ojos fatigados y ya casi ciegos de Agueda Santaella, no pudieron, a causa de la sombra creciente en sus pupilas leer la deshonra de su hijo;

esa angustia le fué ahorrada por su infortunio;

pero los diarios fueron leídos por Abundio Solá, a quien el Encargado de la Fábrica se encargó de mostrarlos con largos comentos sobre el hecho delictuoso;

y, el padre, fingiendo una indignación que no sentía

los hizo leer a su hija ordenándole cesar toda correspondencia epistolar con un hombre que así se había deshonrado, y haciéndole escribir el mismo día para pedirle la inmediata devolución de todas sus cartas;

la joven obedeció.

Ulises Carmona, en quien el orgullo herido, mató definitivamente ese débil germen de pasión parasitaria, se apresuró a la devolución, sin una sola letra remisoria o explicativa;

y, las cartas llegaron al pueblo con los periódicos que volvían el honor al joven explicando el incidente, en términos terriblemente condenatorios para el miserable delator.

Abundio Solá, escribió a Ulises Carmona, excusándose de su ligereza, e hizo que su hija hiciera otro tanto;

ambos recibieron el Silencio por única respuesta;

cesando en esa correspondencia, Ulises Carmona, no expulsó ningún gran amor de su corazón; no hizo sino cesar en una habitud sentimental en la cual ponía bien poca cosa de su alma;

y, libre y solo se entregó con más pasión que nunca a sus estudios y a sus trabajos;

se inclinó sobre los libros, especialmente sobre aquellos que venían de la remota antigüedad, con una pasión de explorador, cual si fuesen grandes ríos de saber, venidos de las cabeceras primitivas del Arte y de la Historia, y, se dispuso a agotarlos, feliz de ver retratarse su imagen juvenil sobre el turbio caudal de aquellas linfas provectas;

la antigüedad le fué familiar;

la Biblioteca de la Academia y la de la Escuela de Bellas Artes, fueron veneros inagotables para su pasión de saber y, se hundió en sus archivos con una consagración de benedictino;

ya no salió de esas bibliotecas y de su buhardilla, de la cual había hecho su taller de artista;

allí trabajaba con una pasión que era una fiebre;

creyendo haber vencido la Vida...

vencedor como el Arcángel, con el Monstruo domado bajo sus pies;

habiendo puesto el férreo talón sobre la cabeza de la Serpiente que había devorado tantos corazones, y no había podido devorar el suyo...

*
* *

La Noche;

una tragedia de nubes sobre el cielo...

el horizonte negro, bituminoso, se diría una mar sembrada de naufragios;

las nubes, como enormes olas de fango, parecían lanzarse al asalto de farallones invisibles;

otras se dirían buques fantasmas, cuyas quillas fugitivas hacían en el espacio la visión de un archipiélago siniestro;

parecía que la tempestad que acababa de pasar hubiese hecho una acumulación de escombros sobre el cielo removido y convulso, que guardaba una actitud de cataclismo;

cuando Ulises Carmona abrió las puertas del Café, para salir, una ráfaga de aire helado le dió en el rostro, y lo hizo retroceder;

se subió el cuello del gabán, abotonó éste bien y se lanzó a la calle;

la ciudad toda parecía tiritar de frío, bajo la inclemencia del aire, que bajaba de la sierra cercana en ráfagas asesinas;

los reverberos del gas temblaban como mendigos desnudos ante la impetuosidad del viento que los azotaba;

los fanales de la luz eléctrica languidecían, hechos turbios sus cristales por las nieblas húmedas que los envolvían;

la actividad vertiginosa del aire, hacía chirriar las veletas de los templos y vacilar las chimeneas prontas a desplomarse;

las redes metálicas del alumbrado vibraban como enormes instrumentos de cuerdas, tocados por manos invisibles y exasperadas;

las escasas personas que transitaban a esa hora, iban

ligeras, arrebujadas en sus abrigos, al asalto de los últimos tranvías;

las calles convertidas en arroyos arrastraban aguas infectas y rebasaban en parte sobre las aceras, cubriéndolas de lodo.

Ulises Carmona apresuró el paso para llegar a su casa;

al volver de una esquina sobre una plaza que hundida en la sombra era como un pozo de tinieblas, una forma pequeña, cuasi imprecisa en la obscuridad, le salió al encuentro, diciéndole con una voz muy suave, pero como tartamuda por el frío:

—El «Diario», Señorito, el «Diario»; cómpreme usted el «Diario»;

el joven, tocado de piedad, por aquella voz humilde y musical, quiso comprar el periódico, pero ante la idea de abrirse el gabán para encontrar la pequeña moneda que necesitaba, vaciló y siguió su camino;

la forma humana lo siguió, diciéndole con voz cada vez más lamentable y al mismo tiempo más acariciadora:

—El «Diario», Señorito; es el último que me queda.

Ulises, contempló a la intermitente luz de los reverberos el ser que le ofrecía el periódico;

era una niña;

menuda, delgada, envuelta en un chal de color indescriptible tocada de un pañuelo rojo, debajo el cual se escapaban rizos locos;

sus ojos parecían lucir en la obscuridad como los de un felino, y sin embargo sus enormes pupilas ambaradas tenían entre las negras y largas pestañas, mansedumbres de antílope;

los seres muy castigados por la vida, tienen ese mirar extraño, que parece cruel y, no es en el fondo sino la suma de todos los temores;

la niña, perseguida por el frío se le acercaba, como buscando el calor de sus abrigos y lo frotaba con su cuerpo frágil que parecía un junco húmedo, empujado hacia él, por las ráfagas recias.

—Tengo hambre, Señorito, cómpreme el «Diario»,—

continuaba en decir la niña, con voz cada vez más incitativa y acercándosele como para barrerle el paso;

llegados frente a un Bar, él entró para cambiar un duro y, poder comprar el periódico;

la niña, para esperarlo, se acercó a las vidrieras del aparador y aplicó el rostro a ellas, como ávida de devorar los manjares que allí había;

cuando salió, el joven la miró así, a plena luz y, la halló bella, con una belleza rara de andrógino;

y, pensó en ciertos dibujos de Beardsley, cuya pureza de líneas lo había obsesionado en esos días en que hojeaba cierto álbum suyo;

y, sus ojos de artista contemplaron con fruición, aquella belleza núbil que parecía una figulina, escapada al manerismo primitivo de un alfarero persa;

la niña se le acercó de nuevo y lo miraba encantada, con ojos precoces y ávidos;

sin duda lo hallaba bello, con sus grandes ojos abismales y soñadores, su palidez marmórea, que el aire frío de la noche coloreaba ligeramente, el gesto de su boca, imperativo y despectivo a la vez, sus largas melenas que el viento hacía ondular y, sus finas manos blancas, que había desguantado para contar las monedas;

éste, la pagó y tomó el «Diario»;

la niña lo siguió, mirándolo como alelada:

—¿Dónde vives?—le preguntó él, viendo que iba en su misma dirección;

ella dijo el nombre de un barrio lejano, muy mal afamado, refugio de chulos y gitanos, y, de deshechos del hampa:

—Vete, que tu madre te espera—dijo él, queriendo alejarla:

—Yo, no tengo madre—dijo ella, con una voz muy triste, como si la confesión de su orfandad, la hubiese traído de súbito a la triste realidad de su vida:

—Y, ¿con quién vives?—preguntó él, ya interesado por aquel jirón de vida sin rumbo, que pasaba así cerca de él, como un harapo llevado por el viento:

—Con mi padrino, pero ahora estoy sola;—y dijo esto último con una inflexión de voz, que era como una oferta y una seguridad.

—Y, ¿él?—murmuró el joven;

la niña vaciló en responder, como temerosa, y luego dijo bajando cautamente los ojos y la voz:

—Está en la cárcel.

—¿Por qué?

—Por cosas del oficio:

—Y, ¿cuál es su oficio?

—Es descuidero, lo llaman: el Palanca;

y, dijo eso con un orgullo infantil, como si hubiese dicho el nombre de un político o un artista o de un hombre de cualquiera manera célebre, que todo el mundo tuviera el deber de conocer.

Ulises, conocía ese nombre de *descuidero* dado a cierta clase de ladrones, pero no conocía sin duda al tío Palanca, ni lo había oído nombrar jamás;

sonrió ante este orgullo impudoroso, que en el fondo era una inocencia, y compadecido le preguntó:

—Y, ¿con quién vives ahora?

—Sola... la casa está cerrada...

—¿Dónde duermes?...

la niña calló;

sin duda le dió pena decir que dormía bajo los umbrales de las puertas de los edificios públicos en vergonzoso hacinamiento con otros golfos de su edad, castigados por la misma suerte;

conversando así habían llegado a la puerta lateral de la *Academia*, de la cual, Ulises tenía la llave;

éste abrió, y, entró;

la niña quedó en pie, sobre la acera, tiritando;

al ver que el joven cerraba la puerta, la niña gimió:

—Tengo frío;

¿fué piedad?

¿fué curiosidad?

¿fué deseo?

¿fué el corazón que habló en él?

¿fué su sexo?

ello fué que Ulises volvió a abrir la puerta que tenía entornada y dijo:

—Entra;

y, la niña entró, deslizándose por entre las dos batientes entreabiertas;

él, cerró, dando doble vuelta a la llave;

y, subieron la escalera;

al llegar a su buhardilla, Ulises, entró el primero, e hizo luz;

la niña quedó en pie, en el umbral de la puerta, sorprendida y confusa:

—Entra—le dijo el joven;

y cerró tras ella;

hasta entonces ningún mal pensamiento lo asaltaba;

creía hacer un acto de caridad recogiendo bajo su techo aquel ser que temblaba de frío y, que era tan bello;

le parecía proteger una Obra de Arte, que iba a perecer en la intemperie;

la tomó de la mano y la llevó hasta ponerla cerca al brasero que calentaba la habitación;

ella, se puso en cuclillas cerca al fuego, calentó sus manos amoratadas y se apelotonaba con la voluptuosidad de un gato friolento que busca el calor del hogar;

él, extrajo de un pequeño armario, su cena frugalísima, y la compartió con su compañera, que lo miraba alelada, y, sonreía;

viéndola comer, la halló muy bella, con una belleza delicada de niño más que de mujer, y, con la prontitud de su sentido artístico, comprendió que sería un bello modelo para el «Mercurio», que había soñado hacer en bronce, y la interrogó;

y, supo que ella no tenía padre, ni madre, ni otro pariente que aquel padrino que la explotaba y que ahora en prisión la había dejado sola y sin albergue, porque no se atrevía a ir al tugurio en que vivían, por miedo de ser atrapada por los agentes de policía, que vigilaban la morada del viejo ladrón.

—¿De qué vives?—le preguntó él:

—De los periódicos.

—¿Cuánto ganas al día?

—Una peseta:

—Yo, te daré dos, si quieres servirme de modelo.

—¿Qué es eso?

él, le explicó;

ella aceptó gustosa, hecha aún más parlanchina, por los escasos sorbos de vino que había bebido;

él, con una inquietud absolutamente artística, quiso ver el desnudo de aquella cuyo cuerpo iba tal vez a inmortalizar, con el prestigio de sus manos y el poder de su genio;

despojado de sus harapos, el cuerpo adolescente apareció en el encanto de sus líneas, en la euritmia perfecta de sus formas, con tal armonía de proporciones, que era como una música suave, que se escapara de aquella lira desnuda;

parecía un trébol de oro temblando bajo la luz;

el cuello alargado, magro, sobre el cual la cabeza pequeña se alzaba con una gracia de flor, como agobiada bajo el peso de la cabellera indominable, desmadejada en un tumulto de zarzal;

en el seno liso, cuasi insexual, las dos pomas de nácar de los senos, apenas si hacían una ondulación visible;

las piernas delgadas de adolescente másculo tenían las líneas inacentuadas de las de una cierva tallada en cristal para una salera hábilmente laborada a la manera de los artistas de Luis XV;

era exquisita y turbadora;

tenía la armonía de una estrofa perfecta;

él, temblaba mirándola;

era la primera vez que veía desnudo un cuerpo de mujer, porque aunque a la Academia iban muchos modelos, y, fuera de la clase general cada artista tenía el suyo, según la naturaleza de su estudio, él no había querido aún buscar uno, retardando, como si lo temiese, el encuentro del Enigma, sin velos;

comprendiendo que el hálito de aquella desnudez, profanaba la atmósfera, hasta entonces tan pura, en la

cual irradiaba como un astro, el mármol que reproducía las facciones de su Madre, se acercó al busto de la *Abnegación*, y lo cubrió con un largo velo, hasta abajo del pedestal;

se acercó a la niña desnuda y palpó sus formas con avidez, preguntándole:

—¿Qué edad tienes?

—Quince años...

la pulpa roja de los labios lo atrajo;

y, la besó y la mordió golosamente;

sus veinte años gritaron en él, con el grito genésico que hace vivir la Vida;

tomó la niña desnuda entre sus brazos, y la llevó hasta el lecho;

y, extinguió la luz;

y, conoció el Amor...

*
* *

Cuando al día siguiente, después de haber partido su compañera fortuita, con la promesa formal de venir todas las tardes de tres a cinco para hacer la *pose* como modelo, Ulises Carmona comprendió que su vida había ganado un nuevo desencanto;

el velo de lo desconocido había sido desgarrado por él, y de ese acto no le quedaba sino una vaga y deliciosa fatiga;

si eso era el Amor, era bien poca cosa;

pero, no, él comprendía bien que lo que había conocido era el placer y no el amor;

su corazón estaba más alto que su sexo;

y su cerebro parecía ignorar esta hora genésica de su Vida;

había conocido la Voluptuosidad, que es la madre del Hastío;

pero, no había conocido aún el Amor, que es el padre de todas las tristezas;

su corazón permanecía aún virgen;

sus labios tenían un sabor de miel, lo cual probaba que no había amado aún, pues que la amargura de las lágrimas no los hacían salobres;

el estremecimiento de la Voluptuosidad que había probado, era una sensación exclusivamente animal, a la cual todas las partes nobles de su ser, habían permanecido absolutamente extrañas;

esa sensación no había cambiado ni mancillado nada de su Vida Espiritual, que continuaba en ser una línea ascensional, inmutable hacia la Idealidad;

el beso definitivo no había ajado en su corazón ningún pasado sentimental;

no lo tenía;

el olor de los azahares era ajeno a su corazón;
su Pasado...
estaba tan cerca de él;... era tan corto y tan puro, como un arroyuelo, apenas desprendido del manantial y salido a la linde de la montaña, camino del valle, virginal como sus aguas;
su vida sensual había sido hasta entonces un paraje quieto algo inmóvil y, sagrado, que el Deseo, apenas había desflorado con sus alas, como una gaviota matinal toca con el extremo de las suyas el pálido cristal de un lago quieto, donde flota aún el cadáver de la luna;
vida pasional no había tenido;
sus nervios y su corazón, no habían vibrado sino por el Arte y para las sensaciones del Arte, con la pureza de un órgano tocado por las manos de una novicia soñadora, en el Silencio de una capilla conventual;
otros jóvenes, a su edad, tenían un pasado de amores que referir; habían vivido su Vida en otras vidas; su corazón había palpitado en otros corazones; habían dado a beber el filtro del Amor, y, lo habían bebido en otros labios;
él, no;
su Pasado, era un prado virgen, en el cual no había crecido sino un lirio solitario: el Amor de su Madre; y, ese lirio solitario había saturado su Vida, de un perfume tan penetrante, que todos los aromas del Jardín del Amor, se desvanecerían dominados por él;
ahora comprendía más claramente que no había amado nunca a Enriqueta Solá, pues que no la había deseado jamás; y el Deseo es el alma del Amor;
y, pensaba que lo que había perdido aquella noche no valía la pena de recordarlo;
en cambio, lo que había ganado era una experiencia definitiva para su Destino;
ya conocía el Escollo...
el terrible Escollo contra el cual se rompían tantas naves que partían orgullosas a la conquista de la Vida;
él, había hecho anclar la suya entre esos arrecifes, había desembarcado en la Isla peligrosa y fatal, había

dormido en brazos de la Terrible Deidad, que reinaba en ella, y, se había alzado más fuerte, más audaz, y, ¡oh ventura! más libre...

libre del Amor...

y, temblaba pensando en la pasión fatal, como si pensase en su propia muerte;

y, reflexionando en los naufragios, en las acechanzas, en los escollos, de que el Amor siembra la Vida, instintivamente pensó en su abuelo y en el fracaso de aquella vida tan noble que el Amor había hecho naufragar en las playas del Deber, porque era uno de esos hombres que habían creído en el Honor, y lo llevaban en el alma, como un dios, y no en los labios como una mueca;

y, la figura del viejo blanco y austero, se alzó en el horizonte de sus recuerdos fantasmal y augusta, entre las púrpuras de las tardes vencidas cuando paseaban en los prados cercanos al pueblo, frente al mar taciturno y cambiante, cuyos espejismos de oros mórbidos parecían un reto a las concupiscencias del crepúsculo, y, el viejo aparecía aureolado por las llamas del Sol, como si él, también fuese un astro que tardaba en morir;

y, a través de los años creía oir la grave voz del viejo, en la cual parecían temblar todos los crepúsculos;

voz que sin nombrarlo, le hablaba contra el Amor...

contra el Amor que había devorado su Vida...

la bestia hirsuta, cuyos ojos sanguinolentos acechan en las tinieblas...

y, juró a la sombra de su abuelo, ser fuerte contra el Amor...

el Amor mata la Soledad;

y, sólo en la Soledad florece el Genio.

* *

La preciosa niña que había revelado el placer a la larga continencia de Ulises Carmona, tenía un nombre de flor; se llamaba: Margarita;

y, fiel a su promesa, concurrió desde el día siguiente a la cita convenida, en casa del Artista;

a las tres de la tarde estaba ya en el Estudio, dispuesta a su tarea de modelo, y, desnudaba su cuerpo cuasi impúbero, en el cual, el sol, ya declinante, ponía blondeces de oro, como sobre un bello marfil pálido;

y, él, apaciguada después de los primeros días su sed de goces, se dió con pasión a copiar la maravilla de ese cuerpo grácil y, mórbido, con una deleitación de artista verdadero, en el cual, la Belleza pierde todo prestigio que no sea el de su esencia, pura e inmortal;

ninguna belleza llegaba a la altura de su ensueño, pero, gozaba en copiar aquella preciosa miniatura de carnes en la cual las líneas tenían tal delicadeza, que se dirían intangibles;

la niña era inquieta, turbulenta, y terriblemente indócil;

la inmovilidad la fatigaba;

cuando hacía ya más de una hora que estaba en pie, casqueada la cabeza, alados los pies, y los brazos alzados sosteniendo el caduceo, empezaba a impacientarse dando señales de fatiga, y, terminaba por sentarse, rebelde a continuar el trabajo;

en vano él, le hacía ver que las dos pesetas que la Academia asignaba a sus modelos, eran por dos horas de *pose*.

ella no quería oir hablar nada de eso, se enfadaba, murmuraba, y terminaba por llorar, diciendo:

—Yo, no vengo por las dos pesetas; vengo por ti; por verte; porque sé que esto te da placer;

y, se le prendía al cuello, y lo besaba apasionada y largamente;

y, escapaba;

era como un gorrión enjaulado, esperando la hora de salir y de volar;

voluntariosa, salvaje, absolutamente primitiva, era un tipo no raro en la golfemia de esa gran ciudad donde hay toda una población extraña, especie de tribu autóctona, que se mantiene al margen de la Civilización urbana sin entrar en ella, y, no conoce de la Sociedad sino la Ley que la castiga;

los artistas amigos de Ulises Carmona, que vieron su modelo, lo hallaron primoroso, y, tuvieron por muy lógico, que aquella *flor del hampa*, como la llamó el más poeta de todos ellos, fuera la querida del joven solitario;

ésta, no perdió nada de su rudeza y de su vulgaridad nativas, y por su aire montaraz, y, la brusquedad con que se defendía de ciertas caricias, la llamaron la *gata*;

y, con tal apodo fué conocida entre ellos;

y, la *gata* fué una especie de camarada más, que los jóvenes artistas gozaban en exasperar por oir su verbo callejero, su vocabulario crudo y rico, en los más pintorescos giros de esa especie de *patois*, que hablaban las gentes de su clase;

como todo artista nato, Ulises Carmona, conservaba fuera de todo contagio, la aristocracia de su Pensamiento; el vaho de la vulgaridad ambiente no llegaba hasta él; cualesquiera que fuesen los gestos de su animalidad, su Vida Interior, es decir su Vida Espiritual, se mantenía incontaminada y sus visiones de Arte, tenían en ella la pureza y la transparencia de una flora vitrificada;

así la grosería de su modelo lo dejaba indiferente y antes bien solía divertirlo por lo cómico de sus actitudes y lo pintoresco de su lenguaje; era un bello animal salvaje, cuyo almizcle era un incentivo a la pasión; y, sus abrazos con ella, eran como uno de esos

baños de fango ardiente, que nos devuelven la salud en los casos agudos del artritis;

no amaba de ella sino su cuerpo, su precioso cuerpo *mignon* que en el lecho tenía contracciones de serpiente, y a la hora del trabajo en el *atelier* revelaba perfecciones de estatua;

la *gata* amaba al joven con una pasión toda animal, en cuyo fondo turbio, aparecían a veces rayos de alma dándole el encanto de ternuras inusitadas;

y, entonces, se ponía en sus ojos un poco de bruma sentimental que los hacía aún más bellos;

pero la libertad era el alma de aquella criatura extraña, a la cual todo, hasta el amor, le parecía una prisión;

la calle la atraía con sus ruidos y sus tumultos, con los espejismos de su lodo, con el olor de sus vicios, de los cuales ella no ignoraba ninguno;

había nacido en el arroyo, y, todas las corrupciones del arroyo le eran familiares y, la atraían con una fuerza raizal;

eso evitó a Ulises Carmona, las vergüenzas de una vida *en menage*, como la que llevaban otros artistas amigos suyos que vivían con sus modelos.

Margarita, que le dedicaba todas las tardes las dos horas convenidas, como modelo, no le dedicaba sino dos noches de la semana, como amante, alegando para ello fútiles pretextos;

celosa como el felino cuyo nombre le habían dado, seguía a su amante por las calles, pegada a los muros, ocultándose de él, espiándolo a distancia, siempre en acecho;

lo ojeaba a través de los cristales de los cafés a los cuales solía concurrir, y las noches que no subía con él a su habitación, lo acompañaba hasta la puerta de su casa y no se marchaba hasta que éste había cerrado la puerta;

muchas veces esperaba algún tiempo temerosa de que volviese a salir de nuevo;

su bestia negra era *la rusa*, como ella llamaba a una

modelo valaca, excéntrica y bella, que frecuentaba los estudios de los artistas y los cafés donde ellos concurrían, y, la cual parecía tener extrañas preferencias por Ulises Carmona;

con tal motivo solía darle grandes escenas de celos durante las horas de *pose*, que solía abreviar con tal pretexto, marchándose enfadada, lo cual no impedía que la terracota, empezase ya a reproducir sus formas admirables;

al conjuro del artista, Mercurio surgía, de la arcilla inerte, plantalado, ligero, esbelto, con algo de pájaro y de flor;

reproducía bien el cuerpo de la adolescente, al cual sólo faltaban el tumulto de la cabellera bohemia, y, el iris de los ojos enormes y lascivos.

Ulises Carmona estaba encantado de su trabajo;

su escultura empezaba a surgir como una expresión de fuerza combinada más que como un fruto de sensibilidad expresada;

era una obra de intelectualidad pura, en la cual su corazón no había hecho temblar la mano cuando laboraba con su buril la inerte materia de la cual hacía surgir la Vida;

era bello el «Mercurio» con sus formas andróginas como las de ciertas Dianas, en las péndulas que atestiguan el gusto de María Antonieta en el Trianón, y, estilizadas como las de las figuras de la *Danza* de Carpeaux;

sólo faltaban unos pequeños toques para entregar la figulina a los que debieran vaciarla en metal, cuando el joven artista notó con sorpresa, que su modelo espaciaba sus visitas al mismo tiempo que casi desertaba de su lecho;

su primera impresión fué de disgusto; luego una gran tristeza lo poseyó; la tristeza de la carne, aquella que según San Agustín, agobia el espíritu hasta la fatiga;

la niña hizo aún furtivas apariciones, en horas intempestivas, que no eran las de la *pose*, sin tiempo para

desnudarse, se abrazaba a él temblando, lo besaba con una loca pasión y se le entregaba delirante, y escapaba como si temiese que alguien viniese a buscarla y a arrancarla de aquel lecho, que había sido su único refugio en noches de abandono, y en el cual más que su pobre cuerpo, ávido de caricias, entregaba su alma, toda su alma ávida de Amor;

en vano él, la interrogaba sobre el motivo de sus largas ausencias, culpándola del fracaso de su Obra:

—Ven—le decía—, ven, aunque sean dos sesiones más, lo bastante para los últimos toques:

—No puedo, no puedo—decía ella, y lloraba tanto al decirlo, que él, la dejaba partir compadecido de su innombrable dolor...

al fin un día, en que él, autoritario y violento, le cerró la puerta y la obligó a desnudarse, para poder dar un último toque a su obra, retrocedió conmovido ante el doloroso espectáculo;

todo el precioso cuerpo estaba lacerado, lleno de verdugones, con las huellas de los más innobles ultrajes:

—¿Y, esto?—preguntó él, conmovido y asombrado...

entonces ella contó la terrible verdad;

su padrino había salido de prisión, y, había vuelto a explotarla, obligándola a los peores menesteres de la mendicidad y de la prostitución, y, porque ella se rebelaba, la golpeaba sin piedad; habiendo sabido que hacía de modelo le había prohibido volver a casa del escultor, amenazando de hacer un escándalo si la encontraba allí; y, como el *Palancas*, era capaz de todo, ella temía, no por su vida, sino por la de él, el único ser que adoraba sobre la tierra;

y, calló lo peor y lo más vergonzoso; que el Faustino, un golfo ex presidiario, que su padrino le había impuesto por querido y en compañía del cual la usufructuaba, la había amenazado con darle una puñalada al *Señorito*, si la veía conversando con él:

—Yo, te arreglaré la cuenta a tí, y al mono que te echaste de querido mientras yo estaba en prisión — le decía todas las noches, cuando la ponía a *hacer la*

carrera, como llamaban en el inmundo *argot,* la innoble profesión del *racolage;*

y, ella temblaba por su amor; temblaba y huía de él para salvarlo;

desde el día de aquella dolorosa confesión, Margarita no volvió más al estudio del artista;

en vano, éste la buscó por todas partes, se diría que la hubiese tragado la tierra;

el «Mercurio» cuasi concluído, parecía llorar la ausencia de aquélla de la cual reproducía las formas admirables;

el artista no se acercaba a su obra, como si sintiera un verdadero dolor físico al tocarla, como si fuese una entraña suya, puesta desnuda sobre ese zócalo, expuesta a todas las intemperies;

un hálito de tristeza parecía escaparse de la figulina inconclusa, y extenderse por el *atelier* como una atmósfera, en la cual temblaran muchas lágrimas;

los amigos del joven escultor, que tenían la certidumbre y la admiración de su talento prodigioso, y habían visto entusiasmados la preciosa terracota, lamentaban la deserción de *la gata,* y hacían comentarios sobre ella;

sólo Demetrio Campos, un *dilettante* en escultura, que mediante un escandaloso reclamo de Prensa, se hacía pasar por artista, fué feliz de este fracaso, porque soñando hacer competencia al «Mercurio» de Ulises Carmona, del cual se hablaba ya mucho entre los artistas, había empezado a trabajar en un *Perseo,* para servir de modelo al cual, había querido en vano atraer a Margarita con los más ricos ofrecimientos, y, había tenido que conformarse con copiar las formas de un golfo vicioso, modelo profesional, cuya belleza ambigua lo atraía.

Demetrio Campos, era como todos los mediocres, un poseso de la envidia, y empleaba ésta en envidiar tenazmente el talento, las maneras, y hasta las excentricidades de Ulises Carmona; era el mono de éste, y, copiarlo parecía su sola misión sobre la tierra; tenía

sobre éste la irritante pero indiscutible superioridad del dinero; hijo de campesinos ricos, había heredado una gran fortuna, y tocado de la manía del arte, que en él, era una *marotte*, se había dado a estudiar con volubilidades de maníaco, ora la pintura, ora el grabado, ora la escultura, habiéndose detenido en esta última, creyendo triunfar en ella;

con el dinero no se compra el talento, pero se compra la reputación de tenerlo, cosa fácil en todas partes, pero más fácil en aquella ciudad, donde el Hambre era la diosa sentada en el vestíbulo de la Prensa, y, los cronistas profesionales solían tener algo más vacíos que sus cerebros, y era sus vientres.

Demetrio Campos, compró su reputación, y, gozaba de ella, fuera del círculo de los artistas, que lo despreciaban sinceramente;

su *atelier*, era un modelo de lujo y de elegancias cosmopolitas; habiendo viajado mucho y vagado por Museos y gliptotecas, comprando copias preciosas de los mejores maestros, poseía una admirable colección de cuadros, estatuas, tapices, y aun especímenes de glíptica admirables;

su vivienda era suntuosa, y en ella tenía una mesa opípara a la cual gustaba en sentar artistas de paso y escritores prontos al deslumbramiento y hábiles para el reclamo;

era de una sociabilidad melosa como un jarabe y puntual como un cronómetro; apuntaba en su *carnet*, las horas y los días, de visitas que debía hacer, y no faltaba nunca a ellas;

estaba atento al nacer de todas las reputaciones para cortejarlas;

así cuando empezó a alborear la de Ulises Carmona, no faltó a sus hábitos y, lo visitó y lo aduló, y quiso entrar en su intimidad;

el joven solitario permaneció inaccesible a las solicitaciones de aquel *caracol de oro empeñado en mancillar con su baba las Obras de arte*, según él, lo había definido cuando supo algo de su historia;

¿la crueldad de la frase llegó hasta los oídos de Demetrio Campos?

tal vez, pero haciendo a su sensibilidad una coraza como la del crustáceo con el cual lo había comparado el joven escultor, se acercó más a éste, con intención de desarmarlo, y, fiel a su teoría de que, el hombre tiene el alma en el vientre, lo invitó a comer.

Ulises rehusó:

—Quiero presentarle algunos amigos.

—Yo, no tengo más amistades que aquellas que no puedo evitar.

Demetrio Campos no se dió por vencido, y con el pretexto de hacerle admirar, el esbozo de una *Driada*, hecho por Thomas Woolner, único escultor del grupo prerrafaelista, por el cual empezaba ya a tener el joven artista una apasionada admiración, organizó un *lunch* en su honor, para el cual invitó a varios cronistas, advirtiéndoles que les iba a presentarles un monstruo de vanidad y de extravagancias, y, poniéndolos en guardia contra las paradojas que pudieran oirle decir.

Ulises Carmona se contrarió ante la reunión, pero, no se amilanó, conservando toda su indiferencia y, el gesto de su orgullo inabordable;

como todo solitario, él, era un silencioso, y hablar fuera de la intimidad le parecía una dispersión de las semillas de su genio, arrojadas lejos hacia terrenos estériles;

escuchaba con el alma inclinada sobre ese abismo que es el alma de los otros, seguro de que los hombres en su conversación no se revelan, y aquel que se revela se traiciona:

—Maestro—le dijo un cronista locuaz, después de haber dado el mismo epíteto a Demetrio Campos.

—¿Maestro yo?—dijo Ulises frunciendo el ceño—; no he tenido aún tiempo para hacerme una reputación, ni dinero para comprármela; aquí no hay más Maestro que el Señor;—y señaló al anfitrión;

el dardo vibró en el aire:

Demetrio Campos guardaba pues, todo su rencor cuan-

do supo la deserción de *la gata,* de la cual conocía la triste historia, por relatos del golfo que le servía de modelo para su *Perseo;*

susultó de alegría;

y, fué a visitar a Ulises Carmona;

y, tuvo ocasión de admirar el «Mercurio» al cual faltaba bien poca cosa para ser concluído y, que se alzaba en su belleza indemne, aéreo, ligero, como un dardo de oro disparado hacia el cielo, por las manos de un dios, trémulo de inspiración;

por mucha que fuera su envidia no fué bastante a ahogar su admiración y exclamó:

—¡Qué bello!... ¡qué pureza de dibujo, qué gracia de expresión; ¿qué pensáis hacer ahora para concluirlo?... sin *la gata*...

—No necesito ya modelo; la obra está concluída; unos ligeros toques—dijo Ulises, feliz de ver la confusión pintada en el rostro del rico *dilettante.*

—¿Y, expondréis la Obra?

—No sé...

—Y, ¿pensáis venderla luego?

—Tal vez.

—En ese caso no os olvidéis de mí; ya sabéis que yo colecciono Obras Maestras...

—*Merci*—dijo Ulises, sonriendo ante la intempestiva calificación de aquel postor de su futura gloria...

y, cuando éste hubo partido miró con una gran tristeza, la pequeña estatua que en su actitud de ímpetu, parecía querer desprenderse de su pedestal para venir hacia él, y consolarlo y acariciarlo, con esas pequeñas manos, que eran apenas un reflejo de aquellas que le habían enseñado las grandes caricias y los supremos gestos en la hora de las definitivas revelaciones...

y, sintió un grande amor por la ausente;... y la nostalgia de sus besos, lo poseyó...

y, comprendió que no podría olvidarla nunca, porque ninguna otra mujer podría ser ya lo que ella había sido;

la Unica;

la Iniciadora.

*
* *

Ulises Carmona, que tenía una alma exquisita y sensitiva, en la cual los matices de las sensaciones se acusaban claros y netos como los colores en una tela virgen, sintió con la desaparición de su modelo, una especie de vacío artístico, una orfandad de Belleza, que lo hacía vagamente soñador ante su «Mercurio» inconcluso, pero, no sintió el dolor, el hondo dolor que deja al ausentarse, un amor, por pequeño que sea, con tal que haya poseído, siquiera sea un instante, nuestro corazón;

una piedad, una suave y, triste piedad lo asaltaba ante la suerte de la pobre y desventurada criatura que había embellecido por un momento su vida con los rayos de su belleza naciente, como una débil lámpara de arcilla que hubiese esparcido sus rayos en las tristezas de sus largas noches invernales; aquel pobre ser desvalido y ultrajado por la Vida, le había abierto con sus manos de miseria las puertas del Paraíso Inolvidable; ¡la generosa Samaritana, que había acercado a sus labios vírgenes, el cántaro repleto de la única agua que embriaga: el agua extraída al Pozo de la Vida;

y, una gratitud fraternal y, vehemente se escapaba de su corazón como un perfume hacia aquel ser que se alejaba y se perdía, en una sombra hostil, sin que él pudiera salvarlo;

unido a este sentimiento todo espiritual, sintió crecer y envolverlo como una llama, un vaho todo animal que lo torturaba y, hacía insoportable la tristeza de sus noches; y, conoció el dolor de una soledad que igno-

raba, él, que era como la suma de todas las soledades: la soledad del lecho;

y, esta soledad lo torturaba como una sed, violenta como la sed de un joven tigre, que sueña, sobre la inclemencia de una roca, en los manantiales lejanos, que corren en los valles florecidos;

para aplacar esa sed, hecha intolerable, aceptó, más que buscó, los favores de Elena Dobiesky, la modelo extravagante, que Margarita había llamado *la rusa*, y que por ser valaca, los artistas llamaban *la vaca,* ora por corromper la palabra deformándola, en la necesidad de apodos, común a los medios artísticos, ora para hacer alusión a su riqueza de carnes, y, a la prominencia, de sus senos exuberantes como dos ubres;

estrafalaria, exótica y misteriosa, esta belleza eslava había aparecido un día en aquella ciudad, y, en aquellos medios artísticos, como caída de las estrellas; nadie sabía ni de dónde ni cómo había surgido con sus *toilettes tapageuses*, sus joyas arcaicas, sus perfumes orientales, y sus divinos ojos de miosotis;

unos, los más fantásticos, la suponían escapada a un harem, otros a un circo foráneo, y, otros aseguraban haberla visto actuar como *ecuyére* en una compañía de variedades;

ello es que una leyenda la circuía, leyenda que divertía sin interesar a la gente desprevenida y privada de escrúpulos entre la cual vivía; gente de *atelier* y *cabarets,* a la cual importaba bien poco el pasado, de sus personajes, con tal que tuviesen algo de pintoresco, y trajesen una nota gaya al tablado policromo de sus arlequinadas;

fantástica hasta la locura, maníaca de todas las excentricidades, cultora de los paraísos artificiales, Elena Dobiesky, recién llegada a aquella ciudad, materialista y viejo estilo, no había encontrado acólitos para las misas negras de sus fantasías, teniendo que reducir éstas, a los límites del vicio ordinario, ardiente y primitivo como el sol que decoraba el cielo y el vino delicioso que se vertía de sus lagares;

se dió a recorrer estudios de pintores ofreciéndose como modelo, con el sólo fin de reclutar amantes, entre los más viciosos o los más inexpertos de los jóvenes artistas;

no era el medro, lo que la llevaba a estas excursiones por los *atelieres*, porque tenía rentas de qué vivir, era el vicio, un vicio enfermizo, exasperado por todas las neurosis;

todos los que la pintaron la poseyeron, y se apartaron de ella fatigados de su voracidad;

el desnudo de su cuerpo, no valía la pena de copiarse, porque deformado por la grasa, apenas habría servido de modelo para una Venus Calipigia;

lo que tenía verdaderamente admirable y, que todos se empeñaban en copiar, era la cabeza;

una cabeza de efigie imperial, arrogante y soñadora; cabeza de reina que hubiese sido cortesana, ceñida de un halo ambiguo, como de una niña escapada a los jardines de Lesbos; cabeza de medalla trágica, mezcla de Teodora y Salomé hecha para recibir todos los besos, y ceñir todas las diademas;

ella estaba orgullosa de su cabeza, y de sus manos, en las cuales, nadie ponía atención y, ella creía perfectas; y, sostenía que el artista que copiara fielmente aquellos dos lirios de carne, se haría inmortal; no había encontrado aún candidatos a esa inmortalidad, y todos se habían conformado con copiar su cabeza, única cosa que tenía adorable;

el único *atelier* que no había logrado frecuentar era el de Ulises Carmona, y, tal vez a causa de eso se había tomado por el joven escultor de uno de aquellos caprichos, que en ella eran imperiosos y tiránicos;

no pudiendo abordarlo en su estudio se había hecho presentar a él, en un café frecuentado por artistas, y, lo había perseguido desde entonces con sus asiduidades;

como pasaba por ser la querida de Demetrio Campos, Ulises no hizo atención a ella, porque todo lo que se refería a aquel joven *snob*, le era especialmente antipático;

él, no tenía su sensibilidad a flor de piel, para que las miradas de una mujer pudiesen alterarla;

había conocido tarde el amor de la carne, y, eso que sirve para gastar otras naturalezas había madurado la suya;

no era un voluptuoso de esos que parecen derretirse y licuarse cuando dos ojos de mujer los miran;

había adivinado vagamente que el Amor, es la *lucha de dos sexos*, y que en esa lucha, es necesario ser el más fuerte, para ser el vencedor;

y, el más fuerte es aquel que no es vencido por el deseo;

esquivo, orgulloso, ensimismado en sus visiones interiores, había permanecido indiferente a los avances de Elena Dobiesky, hasta el día en que fugitiva su modelo, presa de una infinita melancolía, y de un gran deseo de amar, se dejó vencer, y, fué suyo, en aquel mismo lecho en que había conocido el amor en las formas gráciles de la mendiga adolescente, cuyo recuerdo parecía saturar de una tristeza amarga los besos que daba y los que recibía;

pasada la emoción de los primeros abrazos, empezó a encontrar grasas y sin belleza las formas opulentas de aquella nueva compañera de lecho, que se había deslizado en *él*, furtivamente y por violencia;

casi no hallaba bello ni la cabeza imperial, cuyo perfil violento le disgustaba;

y, sólo el río meloso de la cabellera castaña que cubría hasta la mitad del lecho, le fué agradable;

apartó con desdén la vista de aquellos senos exuberantes que le hacían sentir la ausencia de aquellas dos azucenas de cristal, que había estrechado tantas veces entre sus manos, cuasi temeroso de romperlas.

Elena Dobiesky no pudo sentirse orgullosa de su victoria...

desde el primer momento comprendió que no había hecho y no haría la conquista de aquel corazón rebelde;

y, él mismo se lo hizo comprender, poniéndole días

fijos para sus entrevistas, y negándose a toda exhibición con ella en calles y cafés;

soberbia y dominante la eslava sufría de esta esquivez, pero, no cejaba en su empeño, porque estaba tomada de un violento capricho por el joven escultor;

en vano él, le cerró su puerta en horas diarias, y, el portero de la Academia, le impidió subir en horas de estudio;

ella lo buscó en la calle y, en los cafés, tratando de hacerle escenas que él rechazó con una violencia tan agresiva que la impuso...

comprendiendo que él, no era hombre de dejarse intimidar, Elena cambió de rumbo, y, apeló a la ternura y a las lágrimas en busca de una mayor intimidad;

todo fué inútil;

fatigado de esa insistencia por llegar a su corazón, resolvió expulsar también de su lecho, aquella intrusa que con sus violencias amenazaba la paz de su vida;

y, le prohibió volver, y, le cerró los brazos, y, trajo a sabiendas de ella, nuevos amores mercenarios a su lecho;

eso la exasperó hasta la locura;

una mañana, sobornado o descuidado el portero, ella logró subir, y llegó hasta la buhardilla del Artista;

entró a ella humilde, llorosa, dispuesta a conquistar aquel corazón esquivo;

él, la miró entrar más que indiferente contrariado por su llegada;

se ocupaba en ese momento de pulir cuidadosamente su «Mercurio», al cual daba los últimos toques para enviarlo a la fundición, y su pensamiento seguía amorosamente el vuelo retrospectivo de los días, en que «Mercurio» vivo se alzaba ante él en las formas tan deliciosamente frágiles y, cuasi infantiles de su modelo, y, parecía que una ronda de besos armoniosos, fatigados de buscar la niña ausente, se arremolinaran en torno a la admirable y diminuta estatua, que el sol pálido, parecía hacer luminosa, con la luminosidad azul de una llama de alcohol;

ante la acogida más que fría, hostil, del joven artista, Elena se hizo agresiva y tumultuosa; violenta, como todas las eterómanas, se entregó a una verdadera crisis de nervios, que era casi una locura;

él, la miraba y la escuchaba, altivo y frío, dispuesto a dominarla y, aún a castigarla si pasaba los límites de la palabra hacia los hechos;

había dejado de trabajar y cruzados los brazos oía sin inmutarse el tropel de injurias y de injustos reproches que aquella histérica enfurecida, lanzaba sobre él;

el «Mercurio» radioso entre los dos, parecía temblar en su pedestal bajo aquel huracán de insultos, y las dos serpientes de su caduceo, parecían animarse lentamente y, hacerse furiosas, prontas a silbar con un silbido de odio;

dispuesto a acabar aquella escena bochornosa, haciendo expulsar por el portero a la que así la provocaba, se apartó un momento para tocar el timbre;

no había llegado a él, cuando se volvió quedando estupefacto.

Elena, había cogido el «Mercurio» tirándolo al suelo y gritando:

—Por esta golfa tísica me desprecias; ya no tendrás su imagen;

él, no tuvo tiempo de impedirlo...

la preciosa estatua se estrelló contra las losas del suelo y se hizo añicos;

la energúmena acabó de hacerla polvo con los pies...

Ulises Carmona quedó anonadado... estupefacto....

un velo de sangre se extendió ante sus ojos;

¿qué hacer?

¿matarla?

si, matarla así, de pie sobre los restos de su victoria infame;

se abalanzó sobre una panoplia que guarnecía el muro y descolgó un alfanje corvo que había servido a anteriores artistas, habitadores de esa buhardilla para pintar cuadros orientales;

cuando volvió, *la vaca* había desaparecido, dejando sobre una silla, sombrero y, guantes y pieles;

la sintió bajar por la escalera y, fué en su seguimiento;

le habría dado alcance y la habría ultimado si el ruido de gentes que subían a otros pisos, no lo hubiera llamado a la razón;

regresó a su estancia, cerró por dentro la puerta, recogió los restos del «Mercurio» roto, que eran fragmentos dispersos de su genio, y los tomó entre sus manos, y los puso sobre su corazón, y los cubrió de besos...

y, lloró sobre ellos...

. . . .

. . . .

bien pronto el asunto del «Mercurio» fué conocido en todos los círculos artísticos apasionándolos grandemente;

y, hubo en torno del artista infortunado un verdadero homenaje de admiración y simpatía;

se dieron al hecho muchas versiones, pero, la que más se acentuó por ser la más malévola, fué la de que la querida de Demetrio Campos, instigada por éste, había hecho eso, para que destruído el precioso «Mercurio» de Ulises Carmona, triunfase sólo el «Perseo» del *dilettante* millonario;

muchos aconsejaron al artista llevar el asunto a los tribunales...

pero él no quiso oir nada, y, se refugió en el Silencio, que era el único nimbo que él deseaba para su naciente Gloria...

*
* *

Sin ser una alma religiosa, Ulises Carmona tenía el amor de lo sobrenatural;

como todo Solitario, era un Místico;

es decir: un Enamorado del Misterio;

gustaba de poner oído atento a su Soledad, como si quisiese auscultar en ella el corazón de lo Desconocido;

la entraña formidable lo atraía con sus latidos;

amaba el alma de lo Irrevelado y, le parecía escucharla en las noches, balbucearle los terribles oráculos de su Vida Infortunada;

y, se esforzaba por leer, en la Tiniebla Impenetrable, los signos cabalísticos de su Destino;

y, vagamente, confusamente, veía dibujarse sobre el muro tenebroso de su Vida, el rostro imperioso de la Fatalidad;

ella parecía haber regulado sus facciones, desde que se agitó por primera vez con señales de vida en el vientre de su Madre;

ella había puesto su sello trágico y definitivo en su cerebro, al hacer nacer en él esa forma luminosa del Infortunio, que se llama: el Genio;

esa palabra no la decía él, pero la presentía y, no la articulaba por miedo de atraer sobre sí, la cólera de los dioses;

el Genio, es una forma de la Divinidad, y, ella se encarga de castigar esta forma de Usurpación;

y, temblaba ante la Fatalidad, que parecía presidir su Vida...

ahora, acababa de besar la Fatalidad, en los labios de la Mujer;

de la Mujer, que es: la Fatalidad;

la Desgracia vive en ella, fluye de ella, se escapa de ella, como una alma, como un néctar, como un perfume, para embriagar y castigar al Hombre;

de su vientre nació el Dolor; y, no hay dolor, que no venga de ella;

todo encuentro con la Mujer, es un encuentro con la Fatalidad....

y, él había tenido ya ese encuentro trágico...

en los labios fatales había bebido el Dolor que no se agota, aquel que nos deja para siempre en los labios el amargo sabor de las lágrimas;

sí; el más grande dolor de su vida, eran las manos de una mujer las que lo habían causado destruyendo la obra de su genio, ese átomo de Inmortalidad que él había creído ver vagar sobre su frente, como un anuncio de las victorias futuras...

y, pensando en eso, miraba con ojos húmedos de llanto las losas desnudas donde le parecía ver flotar el polvo luminoso de su «Mercurio» como átomo de oro danzando en los rayos de la tarde, en ronda armoniosa, llevados por un viento suave hacia horizontes diáfanos de colores violescentes, como esos velos de danzarinas que los artistas japoneses gustan de hacer flotar, en los *motivos* con que decoran las tumbas de sus héroes más gloriosos;

y, sentía que algo muy precioso de su propia vida, huía, se alejaba, se perdía, en la ronda loca de esos átomos fugitivos;

mucho habían llorado sus ojos ante la laceración de ese pedazo de su alma, hecho polvo por el delirio de unas manos profanas y brutales;

pero como todo hombre de gran fuerza espiritual, era pudoroso de sus lágrimas, y, había buscado el seno de la Soledad, para llorar en ella;

la Soledad, es la única amante que no nos traiciona nunca, que no nos delata jamás, que guarda siempre

el secreto sagrado de nuestras lágrimas sin revelarlo a nadie, porque sus labios mudos son los únicos que no nos traicionan al besarnos;

y, sufrió tanto, lloró tanto, que cayó enfermo;

y, conoció las noches sin sueño, las alucinaciones, de la fiebre, los mirajes de la sed...

solo... solo... solo...

como pertenecía a la escasa minoría de aquellos que tienen genio, pertenecía por ende, a la de aquellos que no tienen amigos;

y, la Amistad, no deshonró su Soledad;

en las raras apariciones que hicieron sus compañeros de Arte cerca de su lecho, se habló de hacer venir a su madre, o de llevarlo al hospital, siempre con el pretexto de que estuviera mejor cuidado;

él, se opuso enérgicamente a eso, y, cuando se veía ya libre de sus visitantes, hacía esfuerzos increíbles por incorporarse; dominaba la agitación de su pulso, y escribía a su Madre, largas cartas incoherentes, llenas de exaltaciones, pero hablándole siempre de su salud óptima, de sus trabajos, de sus triunfos cercanos, de su futura Gloria;

entregada su carta al portero, para que la llevase al correo, sentía la reacción de su inútil esfuerzo, cerraba su puerta por dentro, entraba de nuevo y, se dejaba devorar por la fiebre lenta;...

al fin su juventud triunfó; su fortaleza fué su mejor médico; vencida la enfermedad, pudo levantarse, y abrir sus ventanas que daban sobre los techos y, recibir los besos del Sol, y, aspirar el aire puro, que venía embalsamado de un penetrante olor de lilas que se escapaba de los jardines cercanos;

y, desde la cumbre radiosa de sus veinte años, contempló con fervor la Vida, y la amó de nuevo con pasión; y, se dispuso a conquistarla y, a vencerla;

y, las visiones de su Arte, volvieron a surgir en su cerebro, radiosas y, atronadoras, como un vuelo de victorias bajo los cielos vírgenes;

y, volvió al trabajo;

después de haber hecho que el aire y la luz purificaran por varios días la atmósfera de esa habitación donde él, había depositado tantos besos impuros, se acercó al busto de su Madre, que yacía cubierto con los largos velos en que él la había envuelto el día en que su primera modelo entró allí, y lo descubrió cautamente, piadosamente, devotamente, agitado por un religioso temblor, como el de un joven levita que descorre los velos del Sagrario;

y, el busto apenas esbozado apareció magnífico; blanco como una Hostia enorme, surgiendo del pedestal, como de un cáliz de bronce toscamente cincelado;

y, él, cruzó las manos sobre el pecho, como si fuese a orar, y, miró el rostro aun intallado, con un fervor de cenobita ante un Cristo yacente, y, acarició los cabellos aun sin pulir y el rostro ya bello en su tosquedad, y la garganta informe, y, el seno apenas surgente, y, besó la frente casta, dulcemente, suavemente, como un niño en la cuna besa el rostro de la Madre que se inclina sobre él;

y, como siempre, hizo a la suya ausente, el ofertorio de su recuerdo y de su corazón;

y, desde el aclarar del día siguiente, se dió con pasión a esculpir, a pulir, a perfeccionar el rostro amado;

lo hacía en un gesto de Adoración, como aquel en que pintan a Fray Angélico esbozando sus frescos primitivos;

el busto de su Madre, *la Abnegación*, surgía de entre sus manos, como una Obra Maestra, maravillosa y completa;

aquellos que la veían, hablaban ya de ella, con tales elogios, que trascendieron a la Prensa y llegaron hasta el público;

hubo visitadores al *atelier*, las Revistas Ilustradas, publicaron copias de la Obra inconclusa, y retratos de Ulises Santaella, como se hacía él llamar después de la violenta ruptura con su padre;

y, la imagen del joven artista, empezó a ser ya familiar al público, deseoso de consagrarlo;

llegada la época de una Exposición de Arte, que el país celebraba en cierta fecha fija, sus amigos le indicaron la conveniencia de concurrir a ella, y, el Director, le pidió que enviara su mármol: *la Abnegación*, que ya estaba concluída;

y, lo envió;

fué un día de orfandad, para él, aquel en que el mármol amado dejó la fría buhardilla y fué a llevar a otros ojos el esplendor de su belleza perfecta;

le pareció que era su Madre en persona quien había salido de allí, dejándolo huérfano de sus besos;

y, esa noche durmió más triste, sintiéndose más solo que nunca, lejos de aquella cabeza adorable en que sus manos habían reproducido la de la Santa, la de la Mártir lejana, y le pareció enorme su desamparo, cuando ya no lo miraron aquellos ojos sin pupilas que tanto se parecían a aquellos ojos lagunares, que empezaban a cegar sin que lo supiera aquel que había bebido tantas veces en ellos, el raudal de las lágrimas;

el mármol triunfó;

la *Abnegación* de Santaella, fué el *clou* de aquella Exposición, según el lenguaje consagrado por los artistas;

no obtuvo el Primer Premio, porque el favor oficial le faltó;

la Prensa toda gritó contra la clamorosa Injusticia;

él, oyó su triunfo, pero no pudo verlo;

no se atrevió a frecuentar la Exposición, porque el estado de su indumentaria no se lo permitía; tenía roto el calzado, y el traje raído hasta la usura;

se conformó con esperar en la miseria, el regreso de la *Vencedora*;

el mármol volvió...

y, la *Abnegación*, entró triunfadora a la buhardilla miserable;

el hijo limitó ese día su ración de pan, para comprar flores, muchas flores, con las cuales quería adornar el busto de la Bien Amada;

y, le hizo un pedestal de flores, rojas, gualda, multicolores y perfumadas;

coronó de rosas la divina cabeza, le hizo cintillas de violetas y cota de claveles...

y *la Abnegación*, parecía sonreir bajo el homenaje;

esa noche el hijo prendió cirios ante ella;

y, durmió feliz bajo el patrocinio de aquella faz tan bella, y, de aquellos ojos ausentes, sobre los cuales el Artista, había bajado los párpados en un gesto de Mansedumbre;

la emoción lo hizo despertar varias veces;

y, entonces viendo el busto reverberar bajo los cirios, le parecía que tomaba formas vivas y, avanzaba hacia él, por sobre aquel tapiz de rosas, en el fondo de ese paisaje de orografía...

. . . .

. . . .

. . . . como si la Fortuna hubiese querido entrar con el busto de la Madre a la buhardilla del hijo, al día siguiente, un rico *amateur* extranjero, vino a proponer al artista la compra de su mármol, ofreciéndole una suma que lo habría sacado de la miseria, ya que su nombre acababa de salir de la Obscuridad;

el joven rehusó;

vender el busto de su Madre, le parecía que era vender su Madre misma;

no; él no lo haría...

no habría miseria en el mundo capaz de obligarlo a deshacerse de ese mármol en el cual sus manos habían logrado reproducir y evocar a la vida las serenas facciones de la Ausente, de aquella ante la cual estaba siempre su alma en muda plegaria;

y, cuando se sentían aún los pasos del *amateur* licenciado bajando la escalera de la buhardilla, Ulises, se volvió hacia el busto de su Madre que no había querido vender y, se acercó a él con respeto, y le arregló su tocado de flores, y las rosas que coronaban la cabeza pensativa, y, lo palpó, suavemente, cariñosamente, con

la unción de un sacerdote que toca la hostia extraída del copón;

y, se postró ante el Mármol Sagrado;

y, lo adoró.

*
* *

Si el genio de Ulises Carmona, por auténtico, no tuvo la consagración de los premios oficiales, tuvo en cambio los de la admiración pública, y la *Elite* de los espíritus artísticos se empeñó y buscó la forma de ofrecerle una revancha;

así, cuando el Municipio de la Capital, decretó la erección de un gran monumento, para perpetuar el recuerdo de alguna lejana hazaña pretérita vivida por ese pueblo, al sacar a concurso el plan de la Obra, todos pensaron en el autor de *la Abnegación* para que concurriera al Certamen;

y, fué invitado a ello;

y, concurrió con el esquema de una de las tres estatuas monumentales que debían ornar el monumento: la de la *Gloria;*

la *Gloria...*

la *Gloria...* ¿no era ese el sueño perenne, y el largo clamor, y la sola aspiración de su Vida?...

sin necesidad de influencias ningunas, el dibujo fué aceptado y se le confió la fabricación de la estatua;

eso era la Fortuna, y la Consagración de su nombre;

se puso al trabajo con pasión;

se rodeó de libros, de estampas, de cartonajes...

se muró en su soledad...

se aisló, no comunicándose sino con su Madre, en largas epístolas amatorias, en las cuales le hacía las confidencias de sus sueños desorbitados, condensados todos en el nombre de su futura estatua. *LA GLORIA...*

y, esa palabra llenaba sus cartas todas, como llenaba su Vida...

la estatua fué surgiendo poco a poco de entre sus manos prodigiosas...

el mármol tomó lentamente formas, como si fuese una cera virgen moldeada al calor de la Inspiración;

la Vida, surgía de la piedra inerte, como la flor del capullo que se rompe...

la Diosa se erguía sobre el zócalo rudo, poniendo apenas en él la punta de un pie como segura de su fuerza que radicaba toda en la potencia de sus alas que surgían de los hombros desnudos, como un desafío a todos los seres ápteros de la Tierra;

la pierna que no reposaba sobre el zócalo estaba recogida, avanzando la rodilla hacia afuera, en la actitud que los frescos atenienses presta a los adolescentes prontos a emprender la carrera en los juegos olímpicos;

delgada, fina, desnuda—porque la túnica aparecía levantada por el ímpetu del viento,—la rodilla completamente curvada era puntiaguda como la lanza bifácea de un estradiote;

un ritmo de fuerza reinaba en los miembros todos de la estatua, que parecía agitada por el soplo y la embriaguez del vuelo;

antes de salir del taller del Artista, la *Gloria* de Santaella, era ya célebre por las crónicas de la Prensa y los públicos decires, que la confirmaban ya la *Obra Maestra*, la Obra definitiva, del joven estatuario hecho ya célebre y empezando a ser glorioso...

. . . .

. . . .

El día de la Exposición de las estatuas llegó;

la *Gloria* de Ulises Santaella—como él se llamaba ya—había sido conducida, de noche para evitar la expectación pública, en un gran carretón, desde la morada del Artista, hasta el Palacio de Bellas Artes, en uno de cuyos salones, debía ser exhibida;

por varios días el joven artista, con una verdadera tropa de operarios a sus órdenes, había presidido la co-

locación de su estatua, buscando todas las reglas de la perspectiva, y, el mejor juego de sombras y de luces;

el maderámen sobre el cual reposaba la Obra, parecía bastante sólido para resistir el peso de la estatua colosal.

Ulises, había logrado convencer a su Madre, de que viniera para concurrir a la Inauguración de la Exposición, que era la consagración definitiva de su *Gloria;*

y, para eso, haciendo enormes sacrificios le había enviado la tela de seda negra y los adornos para el traje con que debía concurrir a la fiesta;

y, Agueda Santaella había prometido asistir, feliz de ver y abrazar a su hijo, en ese albor de su *Gloria;*

y, ese día, Ulises había esperado a su Madre, hasta bien tarde, en el Hotel, en el cual había buscado alojamiento para ella;

pero, viendo que se acercaba la hora de la ceremonia y no había venido, le dejó unas palabras escritas, diciendo donde la esperaba, y fué al Palacio de Bellas Artes, para dar los últimos toques a la colocación de su estatua...

. . . .

. . . .

Las puertas del gran salón de la Exposición estaban cerradas...

adentro se oía el ruido de carpinteros y, albañiles que trabajaban y limpiaban de instrumentos el recinto;

afuera, en el corredor, la concurrencia esperaba;

el Ministro de Instrucción Pública que debía presidir la ceremonia, en nombre del Gobierno, había llegado...

de súbito, un rumor corrió de boca en boca:

—La Madre de Santaella;... la *Abnegación;*

de tal manera se parecía al busto triunfador, que todos la reconocieron;

venía guiada de la mano por una vieja sirvienta porque sus bellos ojos enfermos veían ya bien poco y parecían no esperar sino ver el triunfo de su hijo, para cerrarse definitivamente;

el Ministro, sabiendo que era la Madre del Joven Maestro, vino galantemente hacia ella, y, le ofreció el brazo...

avanzaban hacia la puerta, cuando sonó un ruido atronador, y ésta se abrió con estrépito...

los operarios y los artistas corrían como enloquecidos en busca de auxilios...

el siniestro rumor circuló entonces...

la estatua monumental de la *Gloria*, había caído sobre su autor y lo había aplastado, hundiéndole en el pecho la rodilla, rompiéndole el corazón...

Ulises Santaella, agonizaba prisionero de su Obra...

un grito desesperado dominó todos los ruidos;

era una voz lamentable que gritaba:

—¡Hijo mío! ¡mi hijo!...

Y, se vió a Agueda Santaella, desprenderse del brazo del Ministro y avanzar a tientas hacia la Sala, y como si el corazón le sirviese de ojos, buscar y hallar el cuerpo de su hijo, arrastrándose bajo una de las alas de la estatua, medio rota en la caída, y buscar el rostro y prenderse a los labios del moribundo gritándole:

—¡Hijo mío!... ¡hijo mío!...

Ulises Santaella abrió los ojos, sonrió tristemente y expiró...

había muerto bajo el peso de su GLORIA.

FIN

Pesetas

CARLOS FRONTAURA

GALERIA DE MATRIMONIOS

3.ª edición ilustrada por E. de la Cerda.
Dos tomos de 360 y 336 págs. Tamaño 11½ × 18 centímetros. . . . . 5'00

MANUEL GIL DE OTO

LA ARGENTINA QUE YO HE VISTO

3.ª edición. Toma de 228 págs. Tamaño 14 × 19½ centímetros. . . . . 3'50
Encuadernado en tela. . . . . 5'00

..¡Y AQUI TRAIGO LOS PAPELES!

Alegato documentado del autor de «La Argentina que yo he visto».
2.ª edición. Tomo de 264 págs. Tamaño 14 × 19½ centímetros. . . . . 3'50
Encuadernado en tela. . . . . 5'00

RETRATOS AL AGUAFUERTE

Tomo de 256 págs. Tamaño 14 × 19½ centímetros. 3'50
Encuadernado en tela. . . . . 5'00

EMILIA PARDO BAZAN

LA SIERRA NEGRA

Novela. Tomo de 260 páginas. Tamaño 12 × 19 centímetros. . . . . 3'50

EDUARDO ZAMACOIS

EUROPA SE VA...

Tomo de 404 págs. Tamaño 12½ × 1 9centímetros. 3'50

JOSE PEREZ DEL VALLE

(Celebre poeta mejicano)

POEMAS Y VERSOS

Tomo de 198 páginas, con el retrato del autor. Tamaño 15 × 22 centímetros. . . . . **2'00**

Pesetas

INES ALFARO

¡AMAR SIN ESPERANZA!
¡BENDITOS SEAN LOS HOMBRES!
¡BENDITAS SEAN LAS MUJERES!

Tomos de 200 a 228 págs. Tamaño 11½ × 19 centímetros, cada tomo 1 25

JAVIER BUENO (Antonio Azpeitua)

VICIOS DE PARIS

Tomo de 190 págs. Tamaño 14 × 19½ centímetros. 2'50
Encuadernado en tela. . . . . 3'50

CRISTOBAL DE CASTRO

CORTESANAS Y CORTIJERAS

Tomo de 264 págs. Tamaño 12½ × 19 centímetros. 2'00

SOFIA CASANOVA

UNA NIHILISTA

Novela rusa. Tomo de 264 págs. Tamaño 12½ × 19 centímetros. . . . . 2'00

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

NUEVAS COPLAS

Tomo de 194 págs. Tamaño 14 × 19½ centímetros. 2'00
En tela . . . . 3'00

JOAQUIN DICENTA (padre)

DE LA VIDA QUE PASA

Tomo de 288 págs. Tamaño 12½ × 19 centímetros. 2'00

B. BAUZA, editor.—Aribau, 175-179. — BARCELONA

El Chancellor.
Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el Africa Austral.
Martín Paz.
Una experiencia del Dr. Ox.
Viaje al centro de la Tierra.
Una ciudad flotante.
Veinte mil leguas de viaje submarino, tomo I.
Veinte mil leguas de viaje submarino, tomo II.
Los forzadores de bloqueos.
El país de las pieles, tomo I.
El país de las pieles, tomo II.
El capitán Cornbutte o una invernada en los hielos.
Los hijos del capitán Grant en la América del Sur, t. I.
Los hijos del capitán Grant en la América del Sur, t. II.
Los hijos del capitán Grant en la Australia, tomo I.
Los hijos del capitán Grant en la Australia, tomo II.
Los hijos del capitán Grant en el Océano Pacífico.
El conde de Chanteleine.
Descubrimiento de la tierra.
El ginebrino maese Zacarías.
Un drama en los aires.
Las indias negras, tomo I.
Las indias negras, tomo II.
Un descubrimiento prodigioso
Miguel Strogoff, tomo I.
Miguel Strogoff, tomo II.
Miguel Strogoff, tomo III.
Héctor Servadac, tomo I.
Héctor Servadac, tomo II.
Héctor Servadac, tomo III
Los primeros navíos mejicanos.
La gruta de Jungal, tomo I.
La gruta de Jungal, tomo II.
Motín a bordo.
La isla misteriosa. Los náufragos del aire, tomo I.
La isla misteriosa. Los náufragos del aire, tomo II.
La isla misteriosa. El abandonado, tomo I.
La isla misteriosa. El abandonado, tomo II.
La isla misteriosa. El misterio de la isla, tomo I.
La isla misteriosa. El misterio de la isla, tomo II.

EMILIO ZOLA

Teresa Raquín.

Agosto de 1920

